

*Brillo de
Luna*



KRISTEL RALSTON

**Brillo
de luna**

Kristel Ralston

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[EPÍLOGO](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

©Kristel Ralston 2016.

Brillo de luna.

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada: Karolina García R.

Fotografía: Opera House by David Iliff

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema o transmitido de cualquier forma, o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros métodos, sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

Esta es una obra literaria de ficción. Lugares, nombres, circunstancias, caracteres son producto de la imaginación del autor y el uso que se hace de ellos es ficticio; cualquier parecido con la realidad, establecimientos de negocios (comercios), situaciones o hechos son pura coincidencia.

CAPÍTULO 1

Ashley se recogió el cabello en una coleta. Con el tiempo había aprendido a hacerse sus propios peinados. La necesidad siempre solía empujar a las personas a no depender de otros y encontrar el modo ingenioso de sobrellevar la vida. Pero nadie los preparaba para resistir el amor. Al menos, a ella, no. Se ajustó los pendientes de diamante con emoción.

Esa noche celebraba su segundo aniversario de matrimonio con Caine. Juntos habían pasado horas interminables discutiendo, retándose, pero sobre todo, amándose de un modo que ella jamás creyó posible. Si tenía en cuenta que el matrimonio de sus padres había sido una completa desgracia, con infidelidades y violencia doméstica cada dos por tres, le parecía un sueño que con Caine todo fuese muy distinto.

Alguna vez le preguntó a su madre por qué seguía con su padre, a lo que ella respondió «por amor». Fue entonces cuando Ashley decidió que jamás se enamoraría o comprometería su corazón. Y se mantuvo firme hasta que a los veinticinco años conoció al único hombre capaz de mover su mundo de una forma que ningún otro había conseguido.

Al terminar la universidad ganó un concurso para hacer pasantías profesionales en una agencia inmobiliaria en el área de ventas. El salario no estaba mal, y las comisiones ayudaban a pagar sus gastos personales, que no eran demasiados, así que le quedaba siempre un poco para ahorrar. Una tarde, su jefe no pudo asistir a la casa abierta de una propiedad en una zona exclusiva de Sídney. Le encargaron el trabajo.

Un poco nerviosa, pues en ese entonces tenía apenas cuatro meses como practicante, lo organizó todo. Fue un éxito. Hubo muchos interesados y su carpeta se llenó con datos y nombres de potenciales compradores.

Cuando estaba presta a cerrar la mansión de exhibición para volver a la oficina, un impresionante Porsche aparcó frente a la propiedad. No estuvo preparada para la visión masculina, en un elegante traje hecho a medida, que tuvo frente a ella. Alto y con un aire de suficiencia, el hombre más guapo que había visto en mucho tiempo la miró con determinación.

—Buenas tardes, ¿me puede indicar dónde está Raymond? Le dije que llegaría con retraso por mis ocupaciones.

Ashley, luego de recuperarse del impacto, aferró las carpetas contra el pecho. Como si de pronto fuese una tabla de salvación para evitar perder el equilibrio. O el juicio en todo caso.

—Me llamo Ashley Sagget y estoy a cargo de la exhibición, ¿señor...?

Él la observó con sus agudos ojos del color de las avellanas. Un contraste con los ojos verdes femeninos.

—Caine Valliard —respondió con una sonrisa. Guau, pensó Ashley, si el hombre fuese vendedor inmobiliario se le llevaría de largo toda la cartera de clientes. Era bastante alto. Ella le podría calcular un metro noventa de estatura. El traje se adhería a sus formas masculinas compactas y su rostro era atractivo, pero con un toque ligeramente imperfecto: una cicatriz le cruzaba desde la sien derecha hasta unos centímetros antes de la comisura de los labios sensuales. La marca era fina, y le otorgaba un aspecto desafiante—. Estoy muy interesado en esta propiedad. Me gustaría echarle un vistazo a todos los ambientes y el jardín.

El cielo estaba oscureciendo, y el viento soplaba con brío. Ashley tenía esa noche la despedida de soltera de su amiga Samira, así que debía darse prisa.

—Raymond está fuera de la ciudad, pero me encargaré de enseñarle la propiedad. Sígame, por favor. —No sabía de dónde había sacado voz para continuar hablando. Consiguió templar sus nervios y mostrarse indiferente a la evidente atracción que sentía por ese desconocido.

Al final del tour, Caine quiso comprar la casa. La ubicación era ideal. Tenía una vista fantástica y un patio precioso con piscina, jacuzzi, una zona para barbacoa y un ala especial para masajes y gimnasio.

A partir de esa noche, Caine Valliard no solo consiguió una propiedad a un precio absolutamente exorbitante, sino que también se hizo con el número de teléfono de Ashley. Estuvieron saliendo durante ocho meses, hasta que él la llevó de viaje a Venecia. A las nueve de la noche, en medio de la Plaza de San Marcos bellamente iluminada, le pidió que se casara con él. Tres meses más tarde contrajeron matrimonio en una ceremonia íntima y acogedora en un exclusivo resort de la capital australiana.

Desde entonces habían pasado ya dos años. Ashley había cambiado su duro pasado por un presente más esperanzador. Aunque Caine solía ser bastante hermético con sus sentimientos, poco a poco había ido abriéndose a ella. Al menos así había sido hasta que, ocho meses atrás, empezaron a discutir por un tema recurrente: los hijos.

Caine insistía en que quería ser padre, pero ella, rehusaba. La respuesta que él recibía de Ashley era siempre una negativa tajante, y Caine, a pesar de intentar mostrarse comprensivo, no podía ocultar su frustración y añoranza por un hijo. Escudándose en la rabia y acusando a Caine de desconsiderado y egoísta, Ashley solo había conseguido mermar la dinámica diáfana y distendida de su matrimonio.

La idea de ser madre la aterraba.

El ejemplo con sus padres había dejado profundas cicatrices. Su propia madre le había cortado la infancia convirtiéndola en responsable de sus dos hermanos: Camille y Tim. Mientras Kendra Sagget iba a desahogar las penas de su marido infiel en algún centro comercial gastándose el dinero que apenas les alcanzaba, Ashley hacía de niñera. A su padre poco o nada le importaba lo que ocurriese en casa, pues pasaba la noche de juerga y el día en su negocio como mecánico, si acaso su amante de turno no lo requería.

La desgracia golpeó a su vida cuando ella acababa de cumplir los diez años. Tim había desaparecido bajo su cuidado... La experiencia fue traumatizante y solo

recordar le dolía, en especial las acusaciones de sus padres. Le destrozaron su niñez y su adolescencia. La sensación de impotencia y desesperación no la había dejado de perseguir durante los diecinueve años desde la última vez que vio a su hermano.

Camille, que tenía en ese entonces cuatro años, era demasiado pequeña para poder entender. Solo sabía que nunca más volvería a jugar con su hermanito de dos años. Y por ello también Ashley vivía con ese dolor en el alma.

¿Cómo explicárselo todo a Caine? ¿Cómo decirle que la sola idea de estar al cuidado de un niño la ponía nerviosa? ¡Peor imaginarse si ese niño era suyo! Ni siquiera tenía ganas de pensar en cómo le sentaría a su esposo conocer los detalles detrás de ese episodio familiar...

Lastimosamente, los horarios de Caine para cerrar una negociación importante con un rey de Oriente Medio estaban ocupando mucho tiempo, y él viajaba muy seguido. Después de cada discusión, una pequeña brecha empezaba a abrirse en su matrimonio.

No era solo el tema de tener hijos. Esa era solo la cereza del pastel. Aparte de las reuniones a las que estaban obligados a asistir, se sumaba la falta de tiempo para coordinar actividades juntos porque el trabajo los reclamaba, también estaba la negativa de Ashley de usar el dinero de Caine para comprar sus cosas, y la negativa de Caine de aceptar esa postura...

Ella a veces pensaba que se había apresurado en casarse, pero luego recordaba todas las maneras maravillosas en que él la hacía sentir. Era atento, detallista y podían conversar horas de horas. Al menos la pasión entre ambos estaba intacta... pero no era suficiente. No para ella. Quizá el cerebro masculino lo apreciara desde otra perspectiva, pero en su caso personal, no.

Todos tenían derecho a guardar secretos, pero ella sentía que el suyo estaba abriendo un inexorable abismo entre ambos. Hablar sobre Tim le causaba un dolor inimaginable porque tenía que revivirlo todo.

Esa noche era su aniversario. Intentaría pasar un buen rato. Un poco de celebración para olvidarse de la realidad.

—Qué hermosa estás hoy —dijo Caine devolviéndola al presente cuando entró a la habitación que compartían en la casa de Point Piper. La mansión estaba ubicada en la avenida St. Maryvyns, en el área del puerto de Sídney. La vista desde la propiedad era sobrecogedora y cada uno de los tres pisos recibía iluminación y contaba con ventanales que aportaban amplitud—. Sé que no te gusta mucho hacer vida social —le dio un suave beso en los labios— así que aceptar la fiesta que organizaron nuestros amigos tendrá su recompensa —dijo en tono sensual.

Los ojos color avellana de Caine Valliard eran muy claros en su mensaje: la deseaba. Ese aspecto entre ambos se mantenía intacto. Recorrió con la mirada las piernas esbeltas de su esposa, siguió por las torneadas caderas, la estrecha cintura, los deliciosos pechos y luego ese rostro que lo embujaba. Estaba preciosa con aquel vestido corto de color negro. Llevaba la elegante tela sostenida solo de un hombro, y el juego de vuelos asimétricos caían sutilmente marcando su figura. Era una belleza.

—Puedo decir lo mismo de usted, señor Valliard. Estás muy apuesto —replicó. Se dejó abrazar y envolver en el aroma masculino. Ashley colocó sus suaves manos en la pechera del esmoquin. A ella le encantaba deslizar las manos por el espeso cabello rubio y perderse en su mirada pícara que le decía claramente cuánto la añoraba. Ella no era bajita, sin embargo, con su metro setenta y ocho de estatura apenas llegaba a la barbilla de Caine—. Espero esa compensación...

Él le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Estaba excitado.

—Podemos celebrar en privado —susurró contra los labios de Ashley—. Me encanta contemplarte, en especial cuando dejas tu fabuloso cabello rojo a su aire... —Pasó sus manos por las suaves hebras que se habían salido del tocado—. Quizá podamos hacer un pequeño anticipo antes de irnos. ¿Qué te parece, cariño?

Ashley rio. Enlazó las manos detrás de la nuca de Caine.

—Mmm... —murmuró antes de pegar los labios a los de su esposo, perdiéndose en los movimientos de aquella lengua experta que la empezó a recorrer, mientras las manos fuertes le acariciaban la espalda.

La corriente que entre ellos se creaba era de alto voltaje. Con solo mirarse, el otro sabía exactamente qué dar y qué pedir... sin límites.

—Si empiezas a tocarme de esta manera...

—¿Cómo? —preguntó sonriendo, mientras frotaba su mano contra el sexo de Caine, y este le devolvía el favor apretando sus nalgas con ambas manos, pegándola contra sí.

—Me casé con una mujercita provocadora y muy guapa. —Le tomó el rostro entre las manos y el beso dejó de ser sensual. Se volvió voraz. Se enzarzaron en una deliciosa batalla que ninguno de los dos quería perder. El anhelo mutuo era siempre la satisfacción del otro. Las manos de Caine volaron hacia los pechos de Ashley, y sus dedos apretaron los pezones sobre la tela suave del vestido. Enseguida los sintió duros contra sus caricias—. Te deseo —dijo con voz ronca. Empezó a desabrocharle el vestido—. Odio tener que trabajar tanto...

—Y yo... —susurró moviendo las caderas contra él. Recorrió con sus uñas la espalda que tanto le fascinaba. Su esposo hacía ejercicios todos los días con el entrenador personal. Y cuando ella bajaba a entrenarse también, antes de ir a la oficina inmobiliaria donde ahora era gerente de ventas, al terminar los ejercicios acababan en una sesión de sexo alucinante en la ducha—. Caine, tenemos que irnos —murmuró, cuando logró alejarse con la respiración agitada— o llegaremos al final de la cena y no creo que Joshua se sienta muy halagado.

—No me importa —dijo riéndose cuando ella le dio un cachete en el trasero de modo juguetón. Luego suspiró y se apartó con renuencia—. Lo sé, lo sé, tenemos que ir, Ash —la llamó con el apelativo cariñoso—, es que no quiero compartirte.

—Tenemos toda la noche para recuperar estos diez días sin vernos —dijo tomando su *clutch* de la cómoda de teca importada.

Él sonrió.

—Feliz aniversario, Ash.

—Feliz aniversario, mi amor. —Caine le dio un beso lleno de promesas pecaminosas para esa noche—. ¿Nos vamos? —preguntó con voz temblorosa. Era el efecto que él causaba en su cuerpo. Menos mal sabía que era mutuo.

Caine asintió, la tomó de la cintura y salieron de la casa.

La cena se celebraba en la casa de Joshua Terrence, uno de los mejores amigos de Caine. Los invitados eran alrededor de quince parejas.

Debido a la naturaleza del trabajo de Caine solían estar en pasarelas de moda, cocteles, cenas de gala y toda la parafernalia que Ashley detestaba. Sin embargo, la toleraba porque entendía que era parte del trabajo de su esposo. No podía dejar de apoyarlo, así que estaba sumergida en una vida social incesante.

—¡Dos años de soportar a este bobo! —dijo Joshua con su resplandeciente sonrisa a Ashley y Caine.

Ella se echó a reír y asió del brazo a su esposo con cariño, mirando al anfitrión. Joshua era dueño de ArtDual, una empresa dedicada a la venta de materiales para organización de eventos multitudinarios. La empresa era un monstruo corporativo con sucursales en las principales ciudades australianas. Ligeramente más bajo que Caine, Joshua poseía una personalidad que brindaba seguridad y confianza, además era gracioso y encantador.

—Gracias por esta bonita velada, ¿dónde está tu famosa novia? —preguntó Ashley. El amigo de su esposo era un mujeriego incorregible.

Caine se aclaró la garganta de modo jocoso.

—Cariño, vas a tener que esperar que se congele el infierno para que este granuja siente cabeza.

—Me ofendes. Si mal no recuerdo, el Don Juan de Sidney eras tú —replicó Joshua tomando de su copa un Merlot. —Caine sonrió. Su amigo no decía más que la verdad. Durante muchos años las mujeres que pasaban por su cama era muescas en su cinturón. A ninguna tomaba en serio. Básicamente porque todas, luego de compartir una sesión de sexo, lo dejaban indiferente. Pero cuando conoció a Ashley, desde el primer instante en que la vio, supo que con ella todo sería distinto. Después del primer beso, él entendió que no la podía dejar escapar. La presencia de Ashley lo llevó a replantearse su vida sentimental. Se casó con ella, aunque le costó trabajo ganarse su confianza, pues con la fama de Don Juan, Ashley quiso estar segura de que era la única para él. Y se lo demostró con creces—. ¿Qué tal han ido las cosas en Bhuran?

—No puedo darte detalles, y a lo sabes, pero sí te puedo decir que nos quedan reuniones adicionales con los abogados.

Joshua no era tonto. Si ya estaban los abogados, entonces el trato iba viento en popa. Él y Caine eran amigos desde la infancia. Sus padres eran amigos, así que crecieron en un entorno de bastante familiaridad. Sin embargo, respetaban la confidencialidad del otro en sus negocios. Habían sido unos diablos con las mujeres, y aunque Joshua ya no tenía en Caine su compinche de juergas, sí que se alegraba de que su amigo hubiese encontrado a Ashley. La chica era realmente única.

—¡Eso maravilloso, cariño! —dijo Ashley.

Caine la estrechó de la cintura acariciándola con los dedos sobre la suave tela del vestido.

—Ya no pasaré tanto tiempo fuera de casa. —Le dio un beso rápido, pero firme.

Joshua se rio consciente de que Caine no era dado a demostrar afecto, peor en público. Era más que obvio que estaba tontamente enamorado de su mujer.

—¡Tiempo de tener niños! ¿Eh, pareja? —comentó Joshua con una sonrisa, ajeno a la tensión que se operó en Ashley y de la que Caine fue consciente al tenerla tan apegada a su cuerpo—. Este muchacho siempre ha querido una familia grande, ¿cierto? —palmeó el hombro de su amigo.

—Por supuesto —repuso Caine—. Estamos en ello, así que prepárate que vas a ser uno de los padrinos de nuestro primer hijo.

—Ya veremos sobre la maternidad —se apresuró a agregar Ashley, mirando a su esposo, mientras Joshua, ajeno a ellos, entregaba la copa vacía a una de las camareras. Luego agregó observando a su anfitrión—. Seguro que en el momento que ocurra, Joshua, serás nuestra elección segura para ser padrino.

—Vaya, qué honor. Pues entonces ya quiero conocer a mi ahijado, pronto —dijo con una risa—. Tendrán que trabajar duro —agregó con picardía. Caine no le permitía ese tipo de comentarios a nadie, pero Joshua era casi como su hermano. Ashley puso los ojos en blanco—. Por cierto, contraté a la mejor banda de Sidney. No suelen dar conciertos privados, pero como son clientes míos y prometí hacerles un descuento —sonrió—, ¡los Gangster Aussies están aquí! —exclamó antes de alejarse para ir a reunirse con Esmee, su amante de turno. Las demás parejas empezaron a avanzar hacia el patio para ir a la pista al tiempo que sonaba la música.

El resto de la velada, los Valliard bailaron, comieron y contaron anécdotas que hicieron reír a sus amigos. Algunos de los invitados eran socios de Casa Valliard, la empresa de moda que poseía Caine, y otros trabajaban con Ashley en Pastridge Agency, la empresa inmobiliaria.

Entre los invitados estaba Mitch Williams, el socio de Caine, con su esposa, Miranda. La única que no había asistido a la velada era Darlene Morrison y su esposo Mark, que se habían excusado por un compromiso adquirido previamente.

Casi a la una de la madrugada, Caine y Ashley se despidieron. El resto de invitados poco a poco también se fue retirando.

El trayecto en el automóvil fue ligeramente incómodo. Ambos sabían el motivo. Pero no quisieron comentarlo y dejaron que la música de la radio llenara el silencio. Una vez en casa, Ashley subió a la habitación y empezó a desvestirse.

Caine no tardó en reunirse con su esposa. La observó mientras ella dejaba a un lado los zapatos y empezaba deslizar el zipper lateral del vestido hacia abajo. Se le secó la boca; su esposa era una preciosidad. Ashley llevaba un sujetador de randas negras sin tiras que realzaba sus pechos perfectos; unos pechos que él había saboreado infinidad de veces, y de cuya dulzura no se cansaba nunca.

En lugar de una braga, llevaba un tanga a tono con el sujetador. Estaba enfadada y no reparaba en su mirada voraz, notó Caine. «Vaya si la conozco», pensó tratando de contener las ganas de tomarla en brazos y tumbarse con ella en la cama.

—Ashley, ¿cuál es el problema? —preguntó sin dilación, aunque ya sabía la respuesta.

Ella lo fulminó con la mirada y se quitó las horquillas del cabello. Había hecho todo el uso de su fuerza de voluntad para no discutir en la cena.

—Lo sabes bien.

Caine se quitó la chaqueta del traje, luego los gemelos y se desanudó la corbata. Recogió las mangas hasta los codos y deshizo dos botones de la camisa azul marino. Ella fingió no reparar en el modo en que se tensaban los músculos de sus brazos en medio del proceso. Era muy apuesto.

—Ilústrame. No quisiera asumir —replicó con calma.

Ella achicó los ojos. Tomó una bata de seda y se cubrió con ella. Anudó el lazo sobre la cintura con fuerza.

—¡Yo no soy una máquina de reproducción! —exclamó—. No me siento lista para ser madre, Caine, punto. ¿Por qué tenías que decirle que estamos en plan de ello a Joshua?

—Me parece que estás haciendo una tormenta en un vaso de agua, cariño —repuso con la misma calma con la que avanzó hasta ella y le puso las manos en los hombros. Se los acarició con pausa, pero Ashley se echó hacia atrás, y él no hizo ningún intento de volver a tocarla—. No creo que haya cometido ningún pecado al confirmarle algo a nuestro amigo.

—Pero...

—Ashley, primero que todo, haznos un favor —interrumpió con suavidad—. No me insultes sugiriendo que soy machista o inhumano, pensando en ti como en una fuente de reproducción. Te lo dije desde que éramos novios. Quiero tener hijos contigo, porque te amo y porque quiero tener una extensión de los dos. Una consecuencia natural de un matrimonio sólido y que se quiere —explicó tratando de controlarse.

Ella lo miró.

—Bueno, pues, te toca esperar entonces —dijo con beligerancia—. Tienes treinta y siete años, y yo acabo de cumplir veintinueve. Toda una vida por delante para tomarnos esto con calma.

—Ashley... Para mí es importante tener una familia. Quiero criar y disfrutar a mis hijos ahora que estoy joven, y quiero que tú también lo puedas hacer. Han pasado dos años desde que nos casamos. Anhele compartir contigo esa etapa... Sabes que soy hijo único, y aunque los granujas de mis amigos son como mis hermanos, no es lo mismo, lo sabes bien —dijo. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón a medida.

—Ya somos una familia... los dos.

—¿Sabes que no es a eso a lo que me refiero! —exclamó. Se contuvo de decir algo que luego podría lamentar. Cerró los ojos un segundo, como si aquello pudiera infundirle calma para continuar. No sabía en qué momento su afable y flexible esposa se había vuelto tan tirana—. ¿Cuánto tiempo más me vas a hacer esperar...? —preguntó sin ningún atisbo de enfado. Más bien sonaba resignado.

Ashley tragó en seco. ¿Cómo se lo decía? ¿Cómo le hablaba de Tim sin quebrarse y ganarse el repudio de Caine, al igual que había ocurrido con sus propios padres? El enfado era más manejable a la incertidumbre.

—Yo... no lo sé —se encogió de hombros—, no es como si fuera parte de un plan de negocios. Ahora estás relajado, entonces sí, tengamos hijos, pero, ¿qué pasa conmigo? ¿Me has preguntado si tengo metas en la empresa que anhele cumplir, además de ser gerente? ¿Me has preguntado acaso si estoy dispuesta a renunciar a mi carrera para dedicarme un tiempo a la maternidad?

—Esta es la quinta ocasión que hablamos del tema, y jamás has sacado a colación el asunto profesional. Pensé que eras consciente de que durante estos años siempre te he apoyado y que jamás te pediría que dejaras a un lado tu carrera, porque sé que es importante para ti ser independiente. Y para mí no hay nada que admire y respete más que una mujer luchadora. Para florero, los adornos.— ¿Por qué tenía que portarse tan comprensivo, cuando lo que quería era alejarlo y lamerse sola las heridas?, pensó Ashley—. Sé que eres una mujer capaz de tener varias actividades al mismo tiempo, y...

—La mujer maravilla es una caricatura por si no lo sabes —espetó sarcástica, interrumpiéndolo. No le gustó para nada el brillo en la mirada de Caine. La paciencia se le estaba acabando. Era más que evidente.

Él la miró un largo rato y se apartó. Dejó escapar un suspiro, resignado.

—De acuerdo, supongo que una vez más, estamos en un punto muerto. No entiendo tu renuencia. No entiendo por qué te cierras tanto a mí en este aspecto. ¿Hay algún tema médico del que no quieres hablarme? Sabes que puedes contar conmigo.

—No hay ningún asunto médico de por medio. Yo... estoy bien de salud.

—Entonces, Ashley, ¿qué escondes? —indagó, inquisitivamente—. ¿De qué tienes miedo? Háblame.

Ella tragó en seco. Lo miró.

—Simplemente no estoy preparada —soltó a la defensiva. Odiaba ver la decepción en Caine. Ella sabía que el mayor anhelo de Caine era extender la familia. Cuando se lo dijo mientras estaban de novios no fue capaz de hablar de Tim, porque la sola idea de que la dejara de lado le causaba más dolor del que pudiera imaginar. Así que pensó que solo era un anhelo propio del enamoramiento y que con los años podían irlo conversando. Pero ahora sabía que no estaba siendo sincera. Que nunca lo fue. Caine no le guardaba secretos, y ella no se sentía segura contándole los suyos. Tenía miedo—. ¿De acuerdo?

Caine resopló. Su expresión de desilusión al encontrarse con ese muro emocional en Ashley se reflejó en su mirada triste.

—Qué pena que nos entendamos tan bien en la cama, pero tan poco fuera de ella.

—Yo... solo dame un poco más de tiempo —susurró dolida por el comentario injusto, pero Caine ya se había ido de la habitación.

«Vaya celebración de aniversario», pensó con tristeza. Se sentó en el borde de la cama y dejó escapar un sollozo. Acomodó la cabeza en la mullida almohada y estiró la mano en el lado donde dormía Caine. Entendía que estuviese frustrado y triste. Pero no tanto como se sentía ella.

Con resignación cerró los ojos.

A las dos de la madrugada, Caine volvió a la habitación.

Contempló a Ashley, mientras su torso subía y bajaba pausadamente. Él no la consideraba una mujer caprichosa ni egoísta. Casarse con ella había sido la decisión correcta. Lastimosamente no pensó que su empresa iba a crecer un veinte por ciento más rápido que los años antes de su matrimonio, y se había visto obligado a ausentarse mucho de casa.

Cuando empezaron a salir juntos, él llevaba muy claro que la familia de Ashley era bastante complicada. Una madre emocionalmente dependiente, un padre infiel e indiferente ante sus dos hijas, así que por eso Camille, la hermana menor de Ashley, vivía desde hacía ocho años en Nueva Zelanda. Él entendía el pasado de su esposa, no era insensible, sin embargo, no lograba penetrar ese muro infranqueable que ella había erigido cada vez que surgía el tema de los hijos.

Él quería ser padre, sí, pero no a costa de la felicidad de su matrimonio. Estaba dispuesto a esperar... tan solo no lograba dilucidar porqué Ashley se mostraba tan abiertamente hostil al respecto.

Lo frustraba y le dolía en partes iguales la actitud de ella. Si se abriese a él, quizá no la presionase tanto, pero era ese hermetismo el que lo exasperaba más que el hecho de que se rehusara tener un hijo pronto.

Se desnudó, apartó las mantas y se deslizó en la cama acercándose a su esposa. La abrazó con suavidad y ella instintivamente apegó la espalda a su pecho.

Caine esperaba poder tener cabeza para capear el temporal. Eran tiempos complejos en la oficina.

—Ash... —le susurró a la oreja, con pesar, sin esperar respuesta.

CAPÍTULO 2

Ashley decidió arriesgarse. No podía continuar esa dinámica con Caine. Le hablaría de Tim... aunque eso le partiera el corazón. ¿Quién querría tener un hijo con una mujer irresponsable como ella?

Eran ya las siete de la mañana cuando bajó las escaleras del segundo piso. A esa hora Caine ya debería estar por concluir la sesión de ejercicios.

Ella llevaba un pantalón blanco ajustado, una blusa color salmón y chaqueta a tono con el pantalón. Sus sandalias eran de tiras y tacón de aguja del tono de la blusa. Por su aniversario, Caine le había regalado una preciosa gargantilla de diamantes, un nuevo automóvil y la promesa de un fin de semana romántico en La Riviera Francesa. Pero en ese momento, ninguna de esas tres cosas le quitaba el nudo que sentía en la garganta.

—Buenos días, señora Valliard —saludó Adrián, el entrenador, mientras empuñaba una pesada bolsa en donde llevaba implementos deportivos diariamente—. La echamos de menos hoy en el entrenamiento.

Ella sonrió.

—Adrián, ¿te gustaría desayunar con nosotros? Creo que si mañana me pongo bajo tu tutela podré bajar esas calorías del croissant que pienso comerme.

El fornido ex-pesista, negó con la cabeza, sonriente.

—Pagaré dos tandas de abdominales por ese croissant. —Ashley rio—. No puedo quedarme a desayunar, porque tengo otro cliente a las ocho y media. Pero le agradezco la invitación.

Ella asintió.

—¿Mi esposo sigue en la piscina?

—No, no, hoy le tocaba solo pesas. Hasta mañana —dijo antes de marcharse, seguido por Misty, el ama de llaves de sesenta años que llevaba con los Valliard desde que se habían casado.

La hacendosa mujer acaba de dejar servido el desayuno.

—Gracias, Misty.

—¿Le traigo algo adicional?

—No, estoy bien, ¿no quieres sentarte a acompañarme?

Misty sonrió.

—No es mi sitio.

—Claro que sí, eres parte de esta casa.

—Ya desayuné, pero gracias por ser siempre tan gentil conmigo. Que aproveche, señora Valliard.

—Gracias...—Con un suspiro, Ashley se dejó caer en la silla. Tomó los cereales, yogurt, té, y no uno, sino dos croissants.

Cuando Ashley estaba terminando el último sorbo de té, apareció Caine. Iba perfectamente acicalado y ya con su traje de oficina. Llevaba el cabello húmedo peinado hacia atrás, y ni un rastro de la barba de dos días que tenía la noche anterior. Ella se mordió el labio y contuvo las ganas de correr a sus brazos. Al levantarse de la cama no lo había encontrado a su lado. Por lo general, ambos remoloneaban entre las sábanas antes de alistarse con el equipo de gimnasia para recibir a Adrián, pero en esta ocasión no ocurrió.

—Caine...

Él se acercó y la besó en la frente. ¡La frente! Un síntoma más que evidente de que no estaba de buen humor.

—Buenos días, Ashley —dijo, serio. La llamada de Sheyla, la relacionista pública de la empresa, minutos atrás, lo había dejado perplejo—. Tengo que irme a la oficina ahora mismo. Ha surgido un incidente.

—¿No desayunas?

De modo automático, Caine se inclinó hacia ella para que le ajustara la corbata. Luego le acarició la mejilla. «Su tono contradecía el gesto», pensó Ashley. O quizá ella estaba empezando a ahogarse en su propia especulación.

—Ya lo haré de camino.

—Yo... —se aclaró la garganta— necesito hablar contigo, Caine —dijo con suavidad, y lo vio apretar la mandíbula—. Es importante.

—Estoy por reunirme con la encargada de relaciones públicas de la compañía para que me explique bien qué diablos ha pasado. Solo me dijeron que era una emergencia. Así que tengo que irme. Lo siento, Ash. No sé a qué hora termine la jornada hoy.

—Caine...

Él se inclinó y le dio un beso rápido, esta vez, en los labios.

—Hablaemos después —cortó con el rostro crispado—, hasta la noche.

Dejándola con una terrible desazón, se marchó sin decir más. Él ignoraba todo lo que le había tomado a Ashley dejar a un lado sus reticencias para finalmente decidir confesarle los motivos detrás de la negativa a ser mamá.

Caine maldijo el modo en cómo se había torcido todo. Tenía que dejar de pensar en la mirada dolida de Ashley ante su necesidad de salir de casa con tanta premura. No era por ella. Y no había tenido tiempo de explicárselo. Ya lo haría luego. Por ahora debía enfocarse en su empresa, porque de él dependían miles de empleos en toda Australia y un par de países de Europa.

Miró a su relacionista pública.

—Sheyla, ¿cómo puede ser posible que hayan filtrado una información de este calibre? Casa Valliard no evade impuestos. Siempre hemos sido transparentes. Todo es falso, ¡demonios!

—Estamos tratando de averiguar detalles con mucha cautela.

—¿Quién es el periodista detrás de esta farsa?

Sheyla Duncan, con treinta años de edad, era una profesional de intachable reputación y prestigio; mucho más que otros colegas de profesión con más años de experiencia. Caine no dudó en contratarla, tres años atrás, y no se arrepentía.

—Francesco Milliburne, el hombre al que —se aclaró— le diste un puñetazo hace cuatro años cuando insinuó que tú te acostabas con Rubinnia Fedorova, aquella actriz de la serie televisiva Humphries.

Caine sabía que el día en que Francesco recibió aquel merecido puñetazo, se convirtió en su enemigo. Rubinnia era su amiga desde hacía muchos años, nunca fue su amante.

—Lo puedo demandar por difamación —expresó enérgico.

Sheyla hizo una mueca.

—No hay pruebas que respalden el hecho de que fuese él la fuente de ese rumor de la evasión de impuestos —dijo con cautela—. Milliburne es un periodista que vive del amarillismo y de agitar el avispero para ver qué puede pillar a su favor. Hay algo más que debes tomar en cuenta. Milliburne me dijo que tenía pruebas de la malversación de fondos en la Fundación Vida Digna... —Bebió un poco de su té—. Ese comentario no fue una amenaza velada como la de los impuestos. Esta ocasión me pareció sincero. Y ya sabes que no soy una profesional que rehúya sus instintos.

Caine masculló por lo bajo.

—¿Has hablado con mis socios?

La mujer asintió.

—Darlene está en la central de Brisbane desde ayer, le he comentado el pormenor. Mitch llegará de una convención —miró su reloj— dentro de una hora, y está furioso. Te llamé a ti primero porque consideré lo más idóneo, después de todo eres el socio capitalista.

Caine, consciente de la capacidad de expansión de la casa de modas cuando la heredó años atrás, decidió vender el cincuenta por ciento entre dos de sus más allegados amigos de la universidad: Darlene y Mitch. Entre los tres consiguieron expandirse a Suiza, Inglaterra, Italia y Nueva Zelanda. Si todo salía bien podían llegar a Oriente Medio y firmar un trato con el país más próspero: Bhuran.

—¿Hablaste con los abogados?

—Sí. Ellos sugieren reunirse con los tres socios al mismo tiempo. —Leyó sus apuntes—. El gerente financiero, Todd Martin, espera que lo convoques. Lo coordiné todo con Rannia, tu asistente.

—Haz que Darlene esté lista por Skype; Mitch, Todd, y los abogados que vengan inmediatamente. No puedo perder más tiempo. Sácalos de donde estén tal como hiciste conmigo hace una hora. Tenemos que anticiparnos y desmentir rumores.

—Me retiro para organizar mi equipo de trabajo. Te daré un informe dentro de pocos minutos durante la reunión.

—Bien.

Cuando Sheyla salió de la oficina, Caine soltó una imprecaión. Todo ocurría justo cuando estaba a punto de cerrar la negociación con el rey Muffat Al Bin-Habbar. El rumor de Milliburne sobre Casa Valliard y la supuesta evasión de impuestos al fisco australiano era terrible.

Las malas noticias, aunque fueran una mentira como en este caso, calaban más rápido que las buenas. Él no podía permitir que ocurriese.

En el caso de la Fundación Vida Digna, que ayudaba a los sin techo dándoles dos colaciones al día y cursos variados, era Mabel Adams la directora. Caine había confiado ciegamente en ella, pues era una de las mejores amigas de su madre. Si era culpable o no de la malversación de fondos de todos modos tendría que sacarla de la fundación. No tenía otra alternativa. Él era presidente honorario de la organización, pues esta aportaba a la imagen de Casa Valliard el lado humano, y como tal no podía permitir negligencias.

Maldijo la hora en que había golpeado a Milliburne.

Dos hora más tarde apareció su asistente entreabriendo la puerta del despacho. Le dedicó una sonrisa profesional.

—¿Señor Valliard?

Caine se pasó las manos por el cabello rubio brillante y bien acicalado.

—Dime.

La cara de preocupación de su asistente se lo dijo todo.

—El rey Al Bin-Habbar en su línea tres.

—Gracias.

Cuando la mujer salió, Caine agarró el auricular. Si se perdían las negociaciones con Oriente Medio estaría en un buen aprieto. Aunque no más que Milliburne porque se encargaría de pedir su cabeza.

Las telas que vendían en Bhuran eran exquisitas y muy cotizadas, además de la pedrería de primera calidad. La confección a mano y de diseños exclusivos era parte del gran aliciente de trabajar con Oriente Medio. No solo reportaría buenos ingresos, sino una clientela dispuesta a preferir Casa Valliard como su empresa de confección de ropa de alta costura con los diseñadores de afamadas marcas como aliados en algunas colecciones.

Muchos de sus competidores se disputaban poder conocer al rey, y todavía más el lograr fusionar sus negocios con él. Pero durante más de seis meses de conversaciones, Casa Valliard era la que había logrado avanzar hasta el final de un proceso de estricta selección.

El rey era conocido por su modo flexible una vez cerrado el trato, pero absolutamente severo mientras analizaba quién podía y no relacionarse con él. Odiaba los escándalos. Tenía oídos en todas partes. Seguramente ya habría conocido el rumor esparcido por el impresentable Milliburne.

—Señor Valliard —dijo con voz firme el rey desde Bhuran—. Me han informado de un ligero contratiempo en Australia con respecto a su compañía.

Caine apretó la mandíbula.

—Su Majestad. Lo cierto es que se trata de un rumor mal intencionado. Nada que no se pueda solucionar —expuso con convicción.

—No me gustaría perder un aliado tan prometedor. Bhuran es un país próspero e intachable expediente comercial internacional.

La sutil reprimenda y amenaza no le sentó bien a Caine, pero él hubiese actuado de igual forma probablemente. Lo dejó estar.

—Está todo bajo control. No hay ningún peligro de afectar la imagen de mi compañía y tampoco la suya —replicó con ecuanimidad.

—Me tranquiliza escucharlo. Zarick Amuhallar, mi secretario, se comunicará con usted próximamente para darle la fecha de una nueva reunión.

«O más bien va a esperar a ver cómo se resuelve el inconveniente y si el rumor es o no cierto», pensó Caine, interpretando entre líneas. Tamborileó los dedos de la mano izquierda sobre la mesa de su despacho.

—Estaré esperando la llamada, Su Majestad.

—Hasta pronto, señor Valliard. Que tenga buen día. —Colgó.

«Presión y más presión», pensó Caine dejando caer la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla de escritorio de cuero.

Cerró los ojos. ¡Vaya embrollo, por Dios!

Horas más tarde, cuando estaba listo para irse a casa, Rannia le pidió unos minutos. La mujer era una madre de familia eficiente y discreta. Siempre cumplía sus horarios, y cuando había que echar un poco más de esfuerzo, no dudaba.

—Quería recordarle que dentro de tres días empiezan mis vacaciones —anunció con su tono modulado.

«Oh, mierda», pensó él. Su asistente conocía al revés y al derecho su forma de trabajar y el movimiento de la oficina. Ahora más que nunca la necesitaba.

—Estamos en una situación difícil en estos días —dijo con una calma que no sentía—. ¿Puedes postergar tus vacaciones hasta dentro de unas tres semanas?

Ella sonrió, contrita, y lo miró con pesar.

—Mi marido ha pedido ya sus vacaciones. Y mis hijos están muy ilusionados. Usted aprobó esas vacaciones hace un mes. Yo siempre que he podido he

aplazado mis días libres, pero en esta ocasión...

—No, no —interrumpió—, tienes razón. No estoy siendo justo contigo.—Se pasó la mano por el cabello. Soltó un suspiro cansado y agregó—: Tienes derecho a irte. Encuentra un reemplazo inmediatamente. No quiero tener que lidiar con alguien incompetente.

—No tiene de qué preocuparse, señor. Lamento no poder en esta ocasión cambiar las fechas...

—Eres una de las mejores colaboradoras que tengo. A veces haces más de lo que te corresponde. Gracias por recordármelo —sonrió—. No voy a necesitar nada más por hoy.

—Hasta mañana entonces. —Salió, y cerró la puerta con un clic.

«¡Puñetera jornada!», gimió Caine para sus adentros.

Ashley miró su móvil. Solía salir a las seis de la tarde, pero ya eran las ocho de la noche. No recordaba la última vez que se había tomado un respiro. Trabajaba y trabajaba, siempre tratando de construir un muro sólido de seguridad financiera, pero salvo su Luna de Miel, no había tomado vacaciones en toda regla.

—¿Ashley?

Ella levantó la cabeza con una sonrisa automática. Dejó a un lado el iPhone y presionó el botón para apagar el ordenador.

—Hola, Doug. ¿Qué puedo hacer por ti?

Doug Pritchard era uno de sus mejores vendedores. Tenía treinta y seis años, y comisionaba como loco. Quizá su innato encanto y verborrea convención, generalmente a las esposas de sus compradores, de cerrar el trato. Con aquellos diáfanos ojos celestes, el cabello negro y su impecable modo de vestir, parecía más un actor de televisión que un agente inmobiliario.

—Los chicos hemos pensado en ir a Cricketsland, ya sabes el bar de moda que está a unos veinte minutos, para relajarnos un poco. ¿Te apetecería venir?

En otra circunstancia, Ashley se habría negado. Principalmente porque le gustaba mucho estar en casa cuando Caine llegaba. Pero dada la tensión que había en su matrimonio ese día, no le apetecía volver tan pronto.

—Ya lo creo. Te veo allá.

La sonrisa de Doug se ensanchó y le hizo un guiño.

—Me alegro. Estás muy joven para enclaustrarte y no disfrutar de la vida. Siempre hace falta salir de la rutina. —Luego abandonó la oficina dejando a Ashley sin palabras.

¿Así la veía su equipo de trabajo? ¿Cómo una joven aburrida?

Quizá era tiempo de recuperar un poco la diversión. Era una mujer de veintinueve años, casada, profesional, que iba a eventos elegantes, pero en realidad... ¿Cuántos de esos eventos eran diversión? ¡Ninguno! Todo tenía que ver con un fin corporativo.

Esa noche iba a pasárselo pipa con sus colegas de trabajo.

Caine llegó a casa, agotado.

En el recuento de su jornada, a pesar del caos, poco a poco las cosas se habían ido aclarando. La junta con sus accionistas fue un hervidero, porque Millburne no fue solo el punto central del orden del día, sino que también se habló del inmenso coste de las maquinarias debido a un nuevo impuesto y tenían que reajustar para no elevar el valor de las prendas y desproporcionar el costo haciéndolo menos competitivo.

Una vez acabada la junta, Caine se reunió con Todd Martin, el financiero de Casa Valliard, con Héctor Ferrassotta, el encargado del área contable de Fundación Vida Digna. Durante las horas de reunión constataron que la advertencia de Millburne era correcta. Las donaciones de la fundación se habían estado utilizando para pagar comisiones a personas externas que nada tenían que ver con la organización. Era imposible averiguar cómo se habría enterado el periodista, pues existía un tema de protección de la fuente de información, sin embargo, el dato servía para sanear la organización sin fines de lucro que presidía Caine.

Había que hacer una investigación exhaustiva.

La falta de cuidado del contable no podía pasarse por alto. Culpable o no, la incompetencia no era algo que Caine pudiese tolerar. Despidió a Ferrassotta. Se confirmó que hubo un desvío de fondos en la fundación, pero se constató también que los impuestos no habían sido evadidos en Casa Valliard. Un alivio esto último.

Al día siguiente Caine tenía en agenda ir a almorzar con Mabel Adams. La idea de despedirla no le gustaba, pero al menos lo haría personalmente y no enviándole una carta para que se reuniera con recursos humanos.

El único alivio en medio del caos era que al menos su equipo de relaciones públicas estaba trabajando en fortalecer la imagen de la compañía, y conseguir reportajes en la prensa que hablaran de las bondades de Casa Valliard, y el buen trabajo de la fundación. Aunque Sheyla no trabajaba para la Fundación Vida Digna, él ofreció pagarle una bonificación extra por llevar el manejo de ambas cuentas y presentar el tema de los desvíos con diligencia para quedar limpios ante la opinión

pública. Shey la aceptó el reto adicional. ¿Quién no quería varios miles de dólares extras? Además era lo justo. Él retribuía bien a sus empleados.

Sidney Today, el periódico amarillista con mayor tiraje en la nación y para el que Francesco Millburne trabajaba, iba a cebarse en la edición de la noche con el tema de la fundación y por eso Caine presionó a Shey la para que anticiparan el golpe con una rueda de prensa.

El mentecato periodista le dijo a Shey la que a menos que recibiera una noticia jugosa a nivel financiero, él continuaría buscando trapos sucios de Caine. No era ninguna sutileza.

Caine estaba seguro de que Francesco intuía la existencia de una posible alianza comercial entre Casa Valliard y Bhuran Sources, la compañía textil del rey. Los continuos viajes que él hacía a Oriente Medio no eran por turismo. Sin embargo, no podía anticipar información a personas externas al círculo de mando de la corporación sin vulnerar el convenio de confidencialidad, y al mismo tiempo sin echar a perder la posibilidad de elevar su mercado de incursión comercial.

Para volver a casa aquel confuso día había llamado a un taxi. No era irresponsable. Su mente estaba agobiada y necesitaba concentrarse para estar al volante. Así que había dejado el automóvil en el garaje de su oficina.

«Maldito Millburne», pensó con rabia mientras tomaba una copa del bar bien surtido que tenía en el salón de visitas de la mansión.

La casa estaba silenciosa, y él tenía todo el día sin noticias de Ashley. La intentó llamar cuando el torbellino terminó en la central de su empresa, pero ella tenía el teléfono apagado. No sabía cómo contactarla. Estaba preocupado.

Le daría quince minutos más, antes de salir a buscarla. No se tenía por paranoico. Llamar a Carry, la mejor amiga de su mujer, solo lo haría quedar como un idiota. Y él no estaba dispuesto a aguantar el tono burlón de Carry Hubster.

Estaba presto a servirse la segunda copa cuando escuchó la puerta principal. Se giró y la vio. Su esposa lucía tan impecable como siempre. ¿Zigzagueaba?

—Ashley...

Ella sonrió.

¿Su mujer estaba borracha?

—¿Pero si es mi esposito! —dijo. Había tenido que dejar su automóvil en el bar, pues no sabía que la mezcla de cocteles pudiera ser tan interesante... ¿O potente? Sí, esa era la palabra. Potente.

Caine se acercó con agilidad y la tomó en brazos cuando ella estuvo a punto de caer de bruces al tropezar con la alfombra blanca del salón.

—¿Qué demonios, Ash? Es casi media noche, ¿dónde estabas? —preguntó desconcertado. Era tan impropio de ella, que el asunto parecía más bien cómico si no hubiese sido por la preocupación de su ausencia.

—Salí a tomar unas copas con los chicos de la oficina. —Lo miró con una sonrisa boba—. ¿Te he dicho que eres guapísimo?

Caine no pudo hacer más que reírse.

La primera risa en todo el maldito día.

—Y tú una borrachita muy sexy. Vamos a la cama.

Ella rio. En realidad estaba muy lúcida. Solo que el cansancio y el alcohol la hacían parecer temeraria, y algo zigzagueante al caminar. Pero no estaba pasada de copas. Pero el tonto de su esposo, poco habituado a verla más chispeante de lo que solía ser, no le creía.

—¿Me vas a hacer el amor? —le preguntó—. Tienes esa mirada que se oscurece de un modo especial cada vez que me vez con una falda ajustada —se miró a sí misma— como la que llevó hoy. ¿Sabes? Estoy bien. Tan solo que he tenido un día de perros. La mezcla de una cosa y otra pues... —se encogió de hombros— supongo que aceleró el proceso del efecto alcohólico, pero estoy bien, Caine.

Él negó con la cabeza, sin ocultar su sonrisa.

—Nada me haría más feliz que hacer el amor contigo, pero temo que te quedes dormida en la parte más importante. Tienes ojeras y estás agotada, así que imagina qué frustrante para ambos —replicó riéndose, mientras subía las escaleras con ella en brazos—. ¿Por qué tenías el teléfono apagado?

—Me quedé sin batería...

—¿Con quién volviste a casa?

—No me gustan los interrogatorios, Caine...

—Estaba preocupado por ti. Me parece una pregunta más que válida.

Ella suspiró. Era cierto. Se había olvidado de todo. Charló, rio, conversó y pudo también aligerar su carga emocional del día anterior y de esa mañana lo suficiente para darse cuenta de lo injusta que había estado comportándose con Caine. Por esa noche solo deseaba abrazarse a él, sentir su piel contra la suya, y acunarlo íntimamente en lo más profundo de su cuerpo.

—Me trajo Doug. Es demasiado coqueto para mi gusto, pero eso no es lo que me importa. Vende muy bien. Y al final, esas ventas repercuten en las comisiones del equipo que son bastante altas... —dejó la bolsa en el armario, se descalzó y emitió un gemido de alivio—. Hoy me di cuenta de que me he pasado estos últimos meses atendiendo reuniones como una autómatas, sin disfrutarlas verdaderamente. Y lo cierto es que Doug es un buen tipo y me hizo dar cuenta de que soy demasiado seria para tener veintinueve años. —Caine apretó la mandíbula—. No me malinterpretes. Disfruto el tiempo contigo, pero solo cuando no estamos en un salón con gente por algún compromiso. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que realmente fuimos nosotros dos, como antes? Y sin contar la cena en casa de Joshua que

fue una velada muy linda. —Suspiró.

Él frunció el ceño. Conocía a Doug. Y no se le quitaba de la cabeza que el hombre veía a Ashley como algo más que su jefa. Su mujer era preciosa, y él estaba seguro de que no utilizaba su belleza para atraer otros hombres, de hecho, parecía ajena a ello. Y él lo agradecía soberanamente.

—Intentaremos salir un poco más si eso te hace feliz.

—¿A ti no?

Él se encogió de hombros. En realidad salir o no, le daba lo mismo, siempre y cuando fuera con ella. Si quería ir a bailar, a beber, a jugar a un casino, lo que la hiciera feliz, pues la complacería con gusto.

—Ashley, ¿pasó algo con Doug? —preguntó a cambio, y sin creer que aquella estúpida pregunta hubiera salido de su boca. ¿Qué diablos? Los celos eran unos compañeros muy cizañeros—. Lo siento, olvídale.

Ella frunció el ceño.

—Solo fueron unas copas, Caine... Yo nunca... Nunca te haría eso...

Él la silenció con un beso que le supo a fresas y vodka.

—Lo sé. Lo siento, Ash. Yo he tenido un día terrible también. —Él ignoraba que el agobiante día de su mujer tenía que ver con él, más que ninguna otra cosa—. Olvida mi estúpida pregunta. Venga, vamos a acostarnos. Mañana vas a amanecer con una terrible jaqueca.

Ella hizo una mueca antes de ir al lavabo, desmaquillarse y cepillarse los dientes para luego ponerse el pijama.

—Ya te dije que no he bebido tanto. No soy inconsciente. —Suspiró y cerró la puerta del cuarto de baño tras de sí—. ¿Caine?

—¿Sí?

Lo miró con pesar.

—Lo siento...

Él terminó de desvestirse y se quedó en bóxer, como solía dormir a veces.

—No pasa nada, yo también a veces me tomo mis copas de más... aunque lo admito abiertamente, y no me voy con mis empleados. —Se echó a reír cuando Ashley se enfurruñó—. Está bien que salgas, me parece sano. Pero, por favor, no me vuelvas a preocupar. Avisame o dime que estás bien o que quieres que pase por ti. No importa la hora. Soy tu esposo, no me gusta que otro hombre, por muy colega que sea, te traiga a casa. —Y ahí estaba el lado posesivo de Caine.

—No estaba hablando de las copas. Me refiero a lo de anoche... —se pasó las manos por la bata de seda—, entiendo que tú quieres tener una familia... y yo...

La mirada de Caine se ensombreció.

—Quizá nuestro matrimonio no está listo —interrumpió. Si a ese día le sumaba una discusión con Ashley las cosas iban a terminar muy mal. No tenía ganas de discutir. Solo quería dormir y no pensar en nada hasta despertar con la cabeza despejada—. No es algo que quiera hacer bajo presión, Ash. Deseo que ese momento sea especial y nuestros ánimos estén en sintonía. —Ella iba a replicar, pero Caine se acercó y puso un dedo sobre los labios sensuales y tibios, silenciándola, y continuó —: Ambos hemos tenido un día largo. —Se acercó a la cama, apartó el edredón y se acomodó en la cama—. Será mejor dormir. —Palmeó el espacio junto a él para que ella lo acompañara—. Acuéstate, Ash.

Ashley suspiró y rodeó la cama para acostarse. Apagó la luz y se quedó mirando, sin observar, el techo a oscuras.

—Caine... —«Acaríciame», quiso decirle—. Habla conmigo.

Él gruñó. Sus neuronas estaban cortocircuitadas.

—El momento de hablar acabó, Ashley, en el instante que preferiste salir con tus colegas y llegar tarde a casa —replicó con tono seco.

—Es injusto, acabas de decir...

—No, Ashley, no es injusto. Tú tuviste tu cuota de diversión y relax. Yo he tenido que sumar a un día pesado, las discusiones absurdas del trabajo y una emergencia laboral, agregada la preocupación de no saber dónde estabas. No he tenido tiempo de respirar. Y tú pretendes embarcarnos en una pelea sobre un tema que nos causa desazón. Es pasada medianoche. Dejémonos mutuamente en paz —dijo exasperado.

Ashley se quedó en silencio. Él nunca sabría cuánto trabajo le había costado tomar la decisión de hablar sobre Tim, buscando la comprensión y tratando de conciliar la idea de ser madre. Por Caine y por ella.

—Hasta mañana, entonces —repuso con suavidad e intentando que un sollozo no escapara de su garganta.

«Maldición, maldición, maldición.» Odiaba dormirse peleado.

—Ashley... —murmuró arrepentido por haberse desquitado con ella. Sí, quizá no era el momento para hablar, pero no tenía que haberle dicho tantas idioteces. Ella era una esposa fantástica y salvo por aquel espinoso tema de la maternidad, la convivencia y la vida a su lado era placentera. No había sido justo. Diablos se sintió un cretino cuando la sintió contener un sollozo—. Cariño... —susurró acariciándole el brazo.

Ella se apartó.

—Será mejor que duermas —dijo cortante. Cerró los ojos y se giró.

—Ash... nena...

No hubo respuesta.

—Cariño, ¿al menos puedo abrazarte? —preguntó con tono arrepentido.

—Me pediste que nos dejáramos en paz mutuamente. Solo estoy cumpliendo tus deseos —logró decir con bastante firmeza, aunque las mejillas tenían el rastro de las lágrimas—. Hasta mañana.

Caine se sintió un asno. Conociendo a su mujer, si intentaba acercarse y besarla, ella tomaría sus cosas y se mudaría a la habitación de invitados. Él no la quería lejos, sino en sus brazos. Pero esa noche no la merecía. Se tragó la sensación de impotencia.

El único que se compadeció de Caine fue Morfeo. Apenas cerró los ojos, lo envió a la deliciosa dimensión del descanso profundo.

CAPÍTULO 3

El equipo de relaciones públicas había dejado claro, a través de reportajes con amigos de la prensa, que en Casa Valliard no eran evasores de impuestos. Lo habían hecho a modo de prevención para descartar cualquier mala intención adicional de Milliburne. En cuanto a la fundación, se dejó entrever que se estaban llevando a cabo investigaciones para darle un mejor propósito a las donaciones.

El asunto estaba controlado... de momento.

Sheyla había dormido prácticamente en la oficina o fue al menos lo que dedujo Caine cuando la vio en la mañana con la misma ropa del día anterior y unas ojeras que el maquillaje no lograba disimular. A él tampoco le había ido particularmente bien. Cuando se despertó, Ashley no estaba en la cama. Tampoco hizo la sesión de ejercicio con Adrián. Desayunaron juntos, como dos extraños, y no había otro culpable que él.

Intentó hablar, pero ella le dijo que esperaba que tuviese un buen día. Luego se levantó de la mesa, llamó a un taxi y se fue al trabajo. Una hora antes de lo habitual. Caine terminó de desayunar solo, ante la mirada reprobatoria de Mistry.

Y ahora iba a reunirse con sus socios.

Darlene y Mitch llegaron puntuales a la reunión. Sostuvieron una productiva conversación sobre los planes de expandirse a España y Portugal.

—Darlene, ¿vas a trasladarte a vivir definitivamente a Melbourne? —preguntó Caine al final de la reunión.

Con el cabello negro y los ojos azules chispeantes, Darlene era una de las mujeres más brillantes que Caine había conocido. Sagaz, ágil y con una forma extraordinaria de simplificarlo todo. Su esposo, Mark, a veces prestaba servicios de asesoría legal a la compañía a través de su estudio jurídico.

—Lo he estado hablando con Mark, y creemos que por ahora será lo mejor. Él tiene su sede principal en Melbourne. Este asunto de pasar separados, en especial por nuestra hija, es demasiado complicado. Necesito mudarme por mi familia. Pero vendré a Sidney cuando se me necesite. Aunque sé que ustedes dos lo harán bien sin mí por los alrededores de forma constante —sonrió.

—Estarás de gerente en la sede de Melbourne, entonces —acotó Mitch. Con una sonrisa diáfana y un gran sentido del humor, él era quien llevaba los proyectos más importantes de la compañía. Él y su esposa eran asiduos visitantes en la casa de los Valliard, al igual que lo eran Darlene y Mark—. Yo creo que no hay problema. ¿Qué dices tú, Caine?

—Sí... supongo que sí —replicó meditabundo. Tenía la cabeza en otro sitio. Y Darlene no lo dejó pasar.

—¿Qué ocurre?

—¿Con respecto a qué?

—Tío, es evidente que algo te pasa —dijo Mitch. Habían acabado de hablar de negocios y era momento de relajar el ambiente—. Estamos complicados con muchas cosas ahora mismo, pero los últimos meses trabajas con más presión de la habitual y con un humor de perros.

Caine se encogió de hombros.

—Cosas del día a día.

—¿Problemas con Ashley? —preguntó Darlene con cautela. Aunque eran amigos desde los veinte años, Caine era reservado en todo lo relativo a su vida personal. Pero ella le tenía afecto a la esposa de su amigo y se sentía inclinada a indagar.

—Es un cuento largo, muchachos...

—¿Lo puedes abreviar? —insistió ella con suavidad.

—Discutimos mucho últimamente. No paso en casa. Ella tiene bastante trabajo en la compañía. Y... —se encogió de hombros— no quiere tener hijos. Siempre que topamos el tema, nos enzarzamos en una discusión sin sentido. Ayer me porté como un cretino y no se lo merecía.

—Quizá deberías abordar las cosas de otra manera —sugirió Darlene—. A veces los hombres tienen esa absurda vena cavernícola de la descendencia, pero las mujeres necesitamos nuestro tiempo. Y si la embarraste, pues encuentra el modo de pedirle disculpas.

—Creo que deberíamos irnos, Dary —intervino Mitch al ver el ceño fruncido de Caine—. Querrás ponerte en marcha para organizar todo lo que necesitas para tu traslado a Melbourne...

Ella lo desoyó.

—Un muro impenetrable —confesó Caine.

La pelinegra sonrió con pesar. Cruzó las piernas y se inclinó hacia adelante.

—¿Sabes? Antes de tener a Keira la pasé muy mal —empezó a contar ella con voz suave—, yo tenía un problema y quedarme embarazada me resultó muy duro. Mi útero era débil y perdí tres bebés a las pocas semanas. Mi matrimonio se resintió, porque yo no lo hablaba con Mark. Estaba resentida con él, porque asumía

que debería haberse dado cuenta de cómo me sentía, y Mark solo se alejaba más y más ante mi negativa de hablar abiertamente... El tercer aborto espontáneo casi nos lleva al divorcio.—Suspiró—. Fue una completa idiotez de mi parte no ser empática y entender que él también sentía y que también le dolía... tan solo que lo experimentaba distinto a mí. Fueron épocas duras, Caine.

—Lo siento, Dary —dijo con sorpresa por la revelación, y llamando a su amiga con el apelativo cariñoso que solían utilizar. Desde jóvenes, Darlene siempre había sido la más optimista y dinámica en el grupo. Había tonteado con Joshua, pero al final cayó rendida a Mark cuando lo conoció cinco años atrás. La sonrisa en Darlene era una de sus características. Jamás imaginó el sufrimiento detrás de esa sonrisa perenne—. Nunca nos comentaste al respecto. Podíamos haberte dejado ir una temporada, bien sabes que te apoyamos.

Ella le dedicó una mirada de cariño.

—Qué pena, Dary —terció Mitch, dándole un apretón en la mano.

—Gracias, muchachos, pero era una batalla personal y de mi matrimonio. No cito el ejemplo para buscar simpatía, aunque la agradezco. Pero, Caine, me parece justo que sepas que quizá hay algo que se te escapa de la ecuación con tu esposa... Las veces que Ashley ha tenido en brazos a mi hija Keira, su mirada se ensombrece y la mira con anhelo y... no sé, temor.

—Si hubiera sido algo como lo que me contaste, ella me lo hubiese dicho.

—¿Estás seguro?

—Absolutamente. —Una situación de esa envergadura, Ashley nunca se la ocultaría—. Intentaré abordar las cosas... más adelante. Creo que ambos estamos algo distantes. Quizá sea tiempo de tomarnos un respiro sin presionarnos.

—Nadie conoce mejor a otra mujer que otra mujer —intervino Mitch. Él era más bien de los que observaba y escuchaba, pero cuando hablaba era muy concreto y directo—. Yo me retiro. Mañana salgo para Perth a la junta con el director de esa central. Hay que ajustarle las tuercas. Es demasiado blando y los empleados hacen lo que se les viene en gana.

—¿Hablaste con la de recursos humanos? —preguntó Darlene.

—Sí. Me pidió que fueras tú a intentar mediar, porque dice que ya conocen tu carácter —se echó a reír—, pero le dije que estabas en otro proyecto.

Darlene meneó la cabeza con una sonrisa. Se puso de pie.

—Estaré aquí hasta el próximo viernes. Nos queda una semana para terminar de ver los ajustes para Oriente Medio. ¿Caine, algo que acotar sobre el rey?

—Estoy esperando la llamada de su secretario para una nueva cita. Ojalá que con el trabajo de Sheyla se haya aplacado la inquietud que sembró Milliburne.

—Hay que aumentarle el sueldo a Sheyla. Es realmente eficiente —dijo Mitch, antes darle un apretón de manos a Caine y un beso en la mejilla a Darlene—. Mañana estaré fuera todo el día. Me localizan al móvil si surge algo. —Luego salió del despacho.

—Todo irá bien, chico. —Darlene se acercó y le dio un abrazo.

—Gracias, Dary —dijo Caine.

—Somos socios, pero antes amigos. Realmente espero que soluciones las cosas con Ashley.

—Yo también...—murmuró.

Caine almorzó con Mabel Adams.

Siempre había considerado a Mabel como una mujer ecuánime, elegante y lista. Después de todo era una de las mejores amigas de su madre, y Estelle Valliard era muy selectiva con sus amistades.

Lastimosamente, la sensible señora se sintió ofendida cuando él le habló sobre la malversación de fondos en la fundación y las pruebas. Le dijo a Mabel que lo mejor era que ella se apartara del cargo de directora, en especial para su imagen como suegra de un senador. Luego de ese impasse, la comida giró en torno a las anécdotas de los viajes de Mabel, sus nietos y también recuerdos con Estelle.

«Un problema menos.»

Durante el trayecto de regreso a la oficina llamó a su madre para comentarle el tema de Mabel. Se mostró comprensiva y le dijo que se alegraba de que hubiera hecho lo correcto, y que llamaría a su amiga para charlar.

Una vez en el despacho, Caine tuvo que lidiar con una piedra en el zapato. Es que no terminaba una, porque llegaba otra tormenta.

—Señor Valliard —anunció Rannia por el interfono—, el señor Francesco Milliburne está aquí. ¿Lo hago pasar?

—Sí, gracias.

Dos minutos después tenía al reportero de Sidney Today sentado frente a él en la sala de juntas de la compañía.

Con los ojos verdes y la piel morena, el periodista parecía relajado e indolente. Pero Caine lo tenía calado. Era un ave carroñera. Se servía de la debilidad de los demás y así se había labrado su reputación.

Lastimosamente la joven actriz a la que Francesco había involucrado en un falso affaire con Caine, Rubinnia Fedorova, estaba prometida —en esa época— con un afamado músico australiano. Luego del circo mediático, el compromiso se rompió. Pero Milliburne se defendió de la ola de críticas diciendo que Fedorova no había tenido más opción que admitir la verdad del affaire ante su prometido, y por ello se había acabado su relación, y que él solo había expuesto un hecho verídico.

Caine se había cabreado soberanamente y tomó cartas en el asunto. Hizo una llamada al jefe de ese entonces de Milliburne de un periodicucho llamado *Chronicles*, se quejó y exigió una rectificación que nunca llegó. Meses después se enteró de que el periodista había sido despedido.

Ahora Franceso estaba buscando venganza. Y Caine no se pondría en bandeja de plata.

—Señor Valliard —sonrió ladinamente—, qué gusto saber que ha aceptado verme en su oficina. Shey la me comentó que estaba a tope de trabajo. No lo dudo.

Caine intentó mantener el semblante sereno. Su rostro no delataba el fastidio que le producía esa rata.

—Soy un hombre de negocios sumamente ocupado.

—Por supuesto. Vayamos al grano. —Se reclinó en el cómodo sillón, y bebió un poco de la taza de café que minutos antes había llevado Rannia. Él no tenía nada que perder. El hecho de que Caine Valliard lo hubiese convertido en objeto de burla entre sus compañeros por no haberse podido defender con los puños cuando Valliard lo golpeó años atrás, todavía lo acicateaba. No solo eso, sino que su jefe lo despidió de *Chronicles*. Menos mal ahora trabajaba para *Sidney Today*, y su jefe no tenía mucha simpatía por los tipos adinerados—. ¿Qué es lo que está dispuesto a ofrecerme para publicar un reportaje... interesante? La verdad es que hablar con mis amigos sobre esos temas de impuestos son poco atractivos a mi parecer —dijo con sarcasmo—. ¿Alguna noticia en especial sobre Bhuran que quiera compartir con *Chronicles*? Borraría de sopetón cualquier duda sobre la seriedad de Casa Valliard.

Caine no mordió el anzuelo.

—Bhuran es un país muy hermoso, no se lo voy a negar. Penosamente, no tengo ninguna exclusiva que darle en temas económicos, salvo que usted en persona tenga ganas de hacer turismo, lo cual, por supuesto, se lo recomendaría. Quiero pedirle, como el caballero que es, que deje de esparcir rumores sobre mi empresa. En especial la fundación, pues sirve a personas que, a diferencia nuestra, no se pueden permitir un café tan caro —señaló con el dedo la humeante taza de Francesco— como el que estamos brindándole hoy. Si usted no desiste, me veré en la lamentable obligación de poner en contacto a mis abogados con los de su periódico. Seguro entre colegas se entienden.

Francesco sonrió. La camisa le quedaba un poco ajustada. Casi no tenía tiempo de ir a comprar ropa que se ajustara a su talla grande. ¿Y qué? Lo suyo era la información, no la moda.

—¿Ha aceptado mi petición de charlar para amenazarme? —preguntó como si estuviese hablando del partido de Rugby de la noche anterior.

Caine mantuvo el buen talante. Se puso de pie. Francesco entendió que la brevísima reunión había terminado e imitó a su anfitrión.

—Me pareció bien compartir un café, y saludarlo —replicó estoicamente—. También hacerle conocer que los asuntos en la fundación están solucionados, y que el rumor venenoso sobre nuestra evasión fiscal no existe como una realidad para la población empresarial y de consumo en la que mi compañía tiene alcance.

Milliburne sonrió como si escondiese algo.

—Señor Valliard, le propongo un trato.

—Hago tratos todos los días e implican muchos millones de dólares. No creo que esté usted en la capacidad de ofrecerme uno... sin ofender.

—Por supuesto —replicó con malicia—, supongo que es consciente de que un día puede ganar una fortuna, y ponerla en la cuerda floja al siguiente minuto. ¿Verdad?

—Tendrá que ser explícito.

—Oh, por supuesto. Sé que tiene un equipo muy competente que limpia cualquier pequeña suciedad en sus empresas. Y sé también que el rumor que circula actualmente se aplacará, gracias a su equipo, nuevamente.

—Así es. Fundación Vida Digna encontrará al culpable de la malversación de fondos. Le tenemos que agradecer por su encomiable ayuda al haber llamado a Shey la para comentárselo a tiempo. Los medios de comunicación ya lo saben.

Francesco apretó las mandíbulas. Si no se hubiese desesperado por conseguir poner en entredicho a Valliard, el daño hubiera sido mayor. Pero tarde o temprano encontraría su talón de Aquiles y se cobraría la humillación del pasado.

—Ya sabe que las noticias exclusivas ayudan a la reputación —se encogió de hombros— tal y como le dije en uno de mis mensajes a su asistente, si desea compartir con *Sidney Today* alguna primicia le estaría muy agradecido. Pero más aún lo estará su tranquilidad empresarial.

—Mis abogados conocen perfectamente el tema —replicó con voz acerada—. Estoy seguro de que ocurre lo mismo con el equipo legal de su periódico.

—Por supuesto. Ahora mismo tengo una entrevista planificada —miró su reloj—, gracias por el café. ¿Sabe? Rannia es una persona muy agradable.

—Le pago para serlo con cualquiera que visite estas oficinas —dijo con intención. No pudo aguantársela.

Milliburne sonrió. Tomó su bolsa en donde solía llevar los implementos de trabajo. Grabadora, bolígrafo y libreta. El tema de la fotografía no le iba. Para eso había fotógrafos profesionales.

—Hasta pronto, señor Valliard. —Con una leve inclinación de cabeza, que no tenía nada de respetuosa, salió de la oficina de Caine.

Alrededor de las ocho de la noche, Caine continuaba en la empresa. Ashley le comentó por mensajes de texto que no se preocupara por tener que trabajar hasta tan tarde, porque ella estaría fuera cenando con su mejor amiga.

Él prefirió llamarla.

—¿Tienes cómo volver a casa?

—Por supuesto, Caine. No te preocupes.

Él se bebió un sorbo de café. Ya estaba medio frío.

—De acuerdo... ¿Fue un buen día?

—Estoy algo cansada, pero la charla de Carry me va a quitar un peso de encima. Estoy por la Casa de la Ópera, ella ya debe estar por llegar.

—Ash, tengo que viajar mañana a Melbourne...

Y así poco a poco iría perdiéndolo, pensó Ash con pesar. Se preguntaba si el fin de su matrimonio estaba cerca. Quería decirle que no se alejara. Que se quedara con ella. No tenía sentido. Si él había emprendido una discreta campaña para que ella empezara a desenamorarse o aceptara la ruptura que parecía avecinarse, entonces no había nada que pudiese hacer. Caine era tan testarudo como tenaz cuando deseaba empezar... o terminar algo.

La noche anterior se había comportado como un cretino. Y no pensaba dejárselo pasar.

—De acuerdo... intentaré no despertarte al llegar.

—No te preocupes, me iré a la habitación de invitados. Cuando esté en Melbourne te llamaré. Puedes dormir de largo, después de todo mañana es viernes y los viernes entras dos horas más tarde —dijo pensando en lo mejor para Ashley—. ¿Vale?

—Sí... vale. —En realidad no le agradaba dormir separada de Caine, pero si él lo deseaba, no iba a obligarlo.

—Ash, me gustaría poder enmendar lo ocurrido anoche... —dijo con arrepentimiento en la voz—. Prometo hacerlo al regresar del viaje. Solo será hasta el domingo. ¿Está bien?

«No, no estaba bien.» Pero no quería discutir.

—Acaba de llegar Carry... y o, tengo que cerrar. Que tengas buen viaje.

Desde su espaciosa oficina, Caine se sintió impotente. Odiaba haber contribuido al clima hostil entre su esposa y él. Y no podía delegar y hacer que Darlene se ocupase de todo. Le resultaba complicado hacer algo en relación a su matrimonio hasta su regreso a Sidney.

—Hasta pronto, cariño —susurró cuando Ashley había cortado la llamada.

Ashley no tuvo mucho tiempo de pensar en sus problemas, porque en el momento en que se acercaba el camarero para tomarle la orden, entró Carry por la puerta principal de la cafetería.

Ambas eran amigas desde la universidad, y a pesar de ser como el día y la noche se lo pasaban bomba cada vez que estaban juntas. Carry era también la propietaria de una marca de lencería muy cara, cuyas tiendas estaban en varios hoteles importantes de Australia.

El café *Olé*, en el que se encontraban, estaba en una zona muy cercana a la Casa de la Ópera. Desde el ventanal de la cafetería se podía observar a los cientos de turistas que pugnaban por hacerse la foto perfecta con el espectacular fondo.

—Ahora, cuéntame quién es ese hombre que te tiene tan de cabeza, Carry, y sobre el que querías hablarme.

Los ojos grises de la muchacha de treinta años brillaron.

—Se llama Guy, y posee una flota de cruceros turísticos que recorre el país y el Mediterráneo. Es tan atento, Ash —suspiró. Ashley ya conocía que su amiga era muy enamoradiza, pero el tono de voz con que habló en esta ocasión la hizo pensar que en realidad se trataba de algo más que un tonto—. Empezamos a salir hace cuatro meses, y quizá te suene a cliché, pero siento que lo conozco desde siempre.

Ashley removió la cuchara dentro de su capuchino humeante.

—Entonces, ¿va en serio?

—No lo dudes. Al menos de mi parte voy a dar lo mejor.

—Tú siempre das lo mejor —repuso con una sonrisa—. Generalmente es la contraparte la que no logra entender ese punto.

Carry gruñó. Miró el platillo de galletas de mantequilla que le acababa de traer el camarero y se comió una. Luego bebió un sorbo de chocolate caliente.

—Anda, no seas peleona. Ya sabes que te ilusiones con facilidad. No quiero verte herida de nuevo.

—¿Lo dices por el idiota de mi exesposo? Xavier está superado.

—Lo sabemos, pero ten cuidado con este tal Guy. ¿Vale?

—Vale... Quisiera presentártelo. Así me das tu opinión una vez que hayas hablado con él. Después de todo eres buena juzgando personalidades.

Eso le arrancó una risa a Ashley.

—¿Cómo va tu tienda de lencería? ¿Con eso lo has conquistado a Guy?

Carry soltó una carcajada.

—Parte del embrujo que he echado, sí —repuso haciéndole un guiño. Era bueno sonreír, pensó Ash, en especial cuando lo que se aproximaba a su vida de casada no era precisamente algo alegre—. ¿Qué te parece si te doy un adelanto de tu regalo de cumpleaños para que lo uses con Caine?

—Podría ser...

—Ha llegado mercadería nueva. ¡Una hermosura! Seda roja, azul, randas, ligeros. No puedes ni imaginarte.

—Pues tú eres la experta.

En medio del entusiasmo, Carry no reparó en el tono vacío de Ashley.

—¡Va a caer redondito! Aunque siempre ha babeado por ti. Con esta seguro le da un ataque de lujuria tal que vas a tener que llevarlo al hospital para que le den algo que le baje la presión. —Al darse cuenta que una pareja detrás de ellos había escuchado, y estaba riéndose, Ashley soltó una risotada—. Pedimos de cenar y luego vamos a mi tienda. La más cercana está en el Hotel Guardian, a diez calles.

—Vamos en mi automóvil nuevo.

—A ver si me contratas de vendedora con esas comisiones.

Ash puso los ojos en blanco.

—Fue un regalo por los dos años de aniversario de matrimonio.

—¡Guau! ¿Y tú que le diste a Caine?

—Unos gemelos de oro, un equipo completo de palos de golf de lujo y una cafetera profesional para su oficina, porque él ama el café.

—Pero, ¿a quién no le gustan los adicionales? —preguntó con picardía—. Así que vamos corriendo por ese regalito extra a la tienda, soy la mejor asesora.

—Caine se va fuera de la ciudad... —dijo de pronto con tono triste.

La emoción se esfumó del rostro de Carry. Colocó la mano sobre la de su amiga y la apretó con cariño.

—¿Qué ocurre?

Ashley se lo contó todo. A borbotones. Como si fuera una fuente de agua que hubiese estado apagada demasiado tiempo y necesitara oxigenar el sistema. Solo podía hacerlo si hablaba. Y lo hizo durante más de media hora, en la que su amiga escuchó, la aconsejó y despotricó. Sí, esa era Carry. Impulsiva, dinámica y temeraria.

—Será cretino...

—Es gran parte culpa mía.

—¿Qué parte exactamente? —indagó con enfado, sin esperar respuesta, pues continuó—: No haberle dicho lo de tu hermano me parece tu error, sin duda. Es tu esposo y tiene derecho a saber por qué te has estado rehusando a enfrentar ese capítulo del pasado y que no te deja explicarle tu temor detrás de la maternidad. Acusándolo y poniéndote a la defensiva, no va a ayudarte para nada. Por otra parte, el asunto de cómo se portó anoche contigo, me parece pésimo.

—Lo sé...

—Entiendo que el tema de la oficina y los negocios nos puede agobiar a todos. Es normal, pero tú intentaste hablar con él dos veces. Y luego te sale con esa grosería. El muy idiota. Debiste haber besado a Doug Pritchard. Con lo buenorro que está el chico.

—¡Carry!

En esta ocasión, Carry se echó a reír.

—Me lo presentaste para tu matrimonio y si no fuera porque sé que es demasiado coqueto, ya habría puesto mi corazoncito en la tarea de emparejarse con el suyo. ¡Ahora está Guy, así que no hay puesto para nadie más!

—Eres incorregible.

La chica se encogió de hombros.

—Pero me divierto. Ahora, aunque tu esposo se largue a Melbourne, tú vas a venir conmigo a la tienda. Si no te pones la lencería para él, te la pones para ti. Siéntete sexy. Eso eleva el ánimo.

—Gracias, Carry. Tienes toda la razón. Vamos...

—No, no. Déjame que termine mis galletitas de mantequilla, luego pues sí, nos vamos —expresó con la risa bailándole en los labios. Adoraba las galletas, y no pretendía desperdiciarlas. Ashley sonrió y se terminó el café.

CAPÍTULO 4

Ashley acababa de recibir la llamada de su jefe desde la central de la agencia en Adelaide. La sucursal que ella dirigía en Sídney había comisionado un cinco por ciento más que las de otras ciudades e iban a compensarla con una bonificación económica. Un muy interesante, pensó sonriente, mientras escribía en su ordenador.

La atmósfera se había relajado en el ambiente laboral. Sus subordinados casi parecían más inclinados a la presión a la que ella debía someterlos por las metas mensuales que les exigían desde los altos mandos de la compañía. Había sido buena idea ir al bar y darles a entender que era tan humana como ellos.

—Knock, knock —dijo Doug con una sonrisa desde la puerta.

Ella dejó de teclear, y le devolvió el gesto.

—Hola, ¿qué tal fue la exposición de la casa de hoy?

Sin que lo invitaran, Doug acomodó su metro ochenta de estatura en la silla frente a Ashley. Se cruzó de brazos sin perder la sonrisa.

—La mañana fue un éxito. Vendimos la mansión.

Ella abrió los ojos con sorpresa. Se puso la mano en el corazón.

—¿De verdad? ¡Guau! Eso es fantástico. Era la propiedad más cara que hemos tenido en el año. Pensé que no íbamos a librarnos de ella.

—Ya ves, tu vendedor estrella lo ha hecho de nuevo. ¿Qué te parece si te invito a celebrarlo?

Ashley se reclinó en el asiento. Caine llevaba fuera de Sídney una semana, y no los dos días que él le comentó. Al parecer las cosas se le habían complicado. El rey de Bhuran adelantó las negociaciones para forjar una alianza con Casa Valliard y por eso Caine estaba en Oriente Medio. Había tenido que organizarlo todo para viajar desde Melbourne y no podía regresar a Sídney hasta dejar todo finiquitado, le había comentado por teléfono. Era el contrato más importante en la carrera de su esposo, y ella era consciente al respecto.

Caine la llamaba en las noches, pero lo cierto es que Ashley no tenía muchas ganas de alargar la charla. Prefería enfocarse en el trabajo hasta que él regresara. Las discusiones o arreglos a distancia no le agradaban.

—Te agradezco la invitación, pero no creo que sea adecuado, Doug —dijo con suavidad. Él iba a replicar, pero en ese momento se asomó Louisa, la asistente de Ashley, quien al ver al vendedor se detuvo en seco presta a retirarse, pero Ashley no se lo permitió—. Hola, Louisa, ¿pasaba algo?

—No quiero interrumpir tu reunión.

—Doug, ¿te parece si charlamos más tarde sobre tu comisión y el papeleo con los abogados para concretar el proceso? —El guapo vendedor se puso de pie, y asintió—. Felicitaciones otra vez.

—Gracias, jefa. Supongo que otra vez será. —Luego abandonó la estancia, sin esperar la réplica de Ashley. No era novedad para nadie en la compañía que Doug era un ligón sin remedio, pero conocían a Ashley, y además de estar casada su profesionalismo era intachable. Doug jamás presionaba más allá de una invitación o un flirteo tonto.

—Ashley, lo siento mucho... —dijo Louisa con un tono que ella nunca había escuchado.

—¿Qué sucede? —preguntó sintiendo un frío gélido recorrerle la columna vertebral. Louisa siempre solía guardar una compostura a prueba de todo... pero algo iba realmente mal en estos momentos para haber logrado alterar la serena calma que la caracterizaba—. Habla, por favor, me estás poniendo los nervios de punta.

—Ha llamado el Rey Muffat Al Bin-Habbar. Más bien el secretario personal de él. Un tal Zarik.

—Louisa... —dijo con tensión. Apretó los dedos entre sí.

—Me pidió que aceptara el avión privado de Bhuran que van a enviarle.

—¿Para qué?

Louisa apretó los labios.

—Señora, su esposo sufrió un accidente mientras estaba haciendo un recorrido por una zona del desierto de Pheteh en Oriente Medio.

El corazón de Ashley se paralizó. Empezó a respirar agitadamente.

—¿Está...? ¿Caine está...? —susurró las preguntas. No podía pronunciar las frases completas. No podía imaginarse quedarse sin él.

—No me han dado detalles. Solo que está vivo —dijo Louisa—. El secretario del rey ha dicho que no es una información que puedan darle por teléfono. Rehusó darme algo más descriptivo.

—Llama a mi casa, Louisa. Dile a Misty que me prepare mi ropa de viaje. Haz los arreglos necesarios para que mi puesto quede ocupado por Doug mientras

estoy fuera. Le enviaré un correo a mi jefe en Adelaide y te lo copiaré. ¿El secretario del rey está todavía al teléfono?

—Dijo que llamaría de regreso en diez minutos.

Ashley asintió.

—Cuando lo haga, por favor, pídele la dirección del sitio donde debo estar para ir a Bhuran.

—Sí, claro. Ahora mismo.

Cuando Louisa cerró la puerta, Ashley sintió que el mundo se le venía encima. Necesitaba calmarse.

Iba a precisar toda la fuerza para poder soportar la situación. ¿Qué tan graves eran las heridas de su esposo? Podía estar enfadada con Caine, pero saberlo lejos y herido, la afectaba mucho.

El vuelo desde Sidney hacia el Reino de Bhuran, en pleno Oriente Medio, fue relativamente apacible. Ashley iba hecha un manojo de nervios, y diversos escenarios sobre la condición médica de Caine empezaron a formarse en su cabeza.

Era la única pasajera en ese vuelo. Iba en el jet privado del rey en un viaje de siete horas sin escalas.

El calor la golpeó de lleno cuando llegaron al territorio de destino. Era un ardiente sol con humedad en el panorama, y a pesar de que estaban en el hangar, a la sombra, el calor colmaba cada recodo. Sintió el cabello pegándose al cuello. Tomó una liga y se hizo una coleta.

—Señora Valliard —saludó un hombre de barba larga entrecana y de ojos negros como el petróleo. Lucía el *kafiyeh*, la prenda típica utilizada en la cabeza en los países árabes, en este caso era de colores rojo y azul similares a los de la bandera del reino. Vestía también el tradicional *suriyah*, que era la túnica larga y blanca dictada para los hombres—. Bienvenida al Honorable Reino de Bhuran. Lamentamos conocerla en estas penosas circunstancias, y no en unas más alegres. Su Majestad, el rey Muffat Al Bin-Habbar ha dispuesto para usted hospedaje en el palacio real. Soy Zarik Amuhallar el secretario del rey.

«Palacio real, nada menos», pensó ella. Necesitaba ver a Caine. ¡Ya!

—Le agradezco el hospedaje, pero tengo una reservación en el hotel Thahal...

—No se preocupe por nada. Puesto que el accidente ha ocurrido en nuestro territorio es nuestro deber ocuparnos de todo —replicó con una voz que no aceptaba contradicciones.

Ashley, consciente de que ese país estaba modernizándose en cuanto al trato a la mujer y los derechos que le correspondían, prefirió no armar jaleo dándole una cátedra de libre voluntad. Odiaba que le dijeran lo que podía y no hacer. Pero su prioridad era otra.

Con una mano, Zarik le indicó que avanzara. Llegaron hasta una limusina elegantísima que contrastaba con el horizonte lleno de dunas. ¿Cómo podía siquiera un Mercedes Benz sobrevivir en ese sitio?

Zarik iba a retirarse a una limusina que iba delante de la de Ashley, cuando ella lo llamó

—Espere, Zarik, por favor.

Él se volteó.

—Yo... necesito saber cómo está mi esposo.

—No me corresponde darle un informe. Será el rey quien lo haga.

—Por favor... ya no puedo con la incertidumbre —pidió mirándolo con desesperación.

Alrededor, el viento apenas hacía acto de presencia.

Parecían estar en medio de la nada.

—El rey se encargará —insistió antes de darse la vuelta y subir a la limusina.

Ella maldijo para sus adentros. ¿Por qué no podían simplemente decírselo? ¿Estaba tan mal herido su esposo?

Ashley se acercó al automóvil dispuesto para ella. Ya con el acondicionador de aire al máximo contempló el camino tratando de calmar el acelerado corazón. Intentó contener su inquietud y aplicar un pensamiento optimista a la situación. Caine estaba herido, pero con vida. Al menos eso contaba. Muchísimo. Observó a través del vidrio polarizado que en el exterior empezaba anotarse una suerte de carretera rústica. Admiró las dunas a lo lejos y cómo a medida que ganaban velocidad iban apareciendo pequeñas tiendas de campaña.

—¿Qué son esas carpas...? —quiso saber.

Segundos más tarde el chofer contestó.

—Un grupo tribal que habita en esta zona. Son los encargados de instruir sobre el conocimiento del desierto a quienes se lo pidan, pero no se considera un grupo al que se pueda acceder con facilidad. Ser aceptados por ellos, para meditar y entender muchas cosas, es un privilegio —dijo con su voz serena, pero oscura. No

le causó temor a Ashley, tan solo le pareció intrigante—. Son respetados y sus conocimientos son valiosos.

—¿A qué se refiere exactamente con esos conocimientos?

—Entienden el aire, el clima, la arena. Es una tribu milenaria. Se llaman beréberes. Los príncipes herederos de Bhuran suelen ir durante un año para adentrarse en esa cultura milenaria que estuvo mucho antes de que los árabes conquistáramos estos territorios, señora.

Observó al hombre a través del retrovisor. No había elevado el vidrio que separaba la parte trasera de la limusina con el compartimento en el que estaba el chofer. Poseía rasgos fuertes, mentón decidido, ojos de un verdor impactante, y la piel morena como la mayoría de los árabes que había visto desde que pisó Bhuran, que no eran muchos.

—No tengo idea si he hecho mal en no utilizar el *hijab*, pero en Australia nuestra forma de vestir es muy diferente...

—El año pasado fue abolido el uso. La única hija del rey, la princesa Amira, estudió en occidente y le puso como condición a su padre que si no empezaba a modernizar todo el reino, ella se iría a vivir para siempre a Estados Unidos y no volvería a Bhuran.

—Una princesa de armas tomar.

—No tengo derecho a opinar, solo explico un hecho conocido por todo el palacio. La princesa es la única hija de Su Majestad y lo que ella hace suele conocerse en el palacio, para cuidarla y protegerla —replicó cortante.

Entraron en un túnel que desembocaba en un camino de grava que a su vez conducía a la puerta principal del palacio.

—¿Usted se dedica exclusivamente a conducir y ya está?

—Este es un servicio especial que hago de vez en cuando. Soy el jefe de seguridad del palacio.

—Bueno, le agradezco entonces la deferencia de haber ido por mí.

—Solo cumplo órdenes —repuso sin cambiar el tono neutro de su voz—. Hemos llegado, señora Valliard. —Apagó el motor.

—No me dijo su nombre...

—Jamal Salamtha, señora. —Bajó del asiento del conductor y abrió la puerta de Ashley—. Zarik la espera en la entrada. Llevarán sus maletas de viaje a la habitación que han dispuesto para usted. El palacio es completamente seguro. No tiene nada que temer.

Ella lo contempló brevemente. Parecía un hombre demasiado capaz de aniquilar a alguien con agilidad. Lucía como un guerrero del desierto.

—Yo... gracias... —dijo abrumada por tanta ceremonia. Todos actuaban de un modo confuso. Hermetismo por un lado, locuacidad por otro, y nuevamente, hermetismo.

—Un placer.

Ashley observó alrededor, mientras iba por el caminito hasta alcanzar las escaleras de la puerta principal del palacio. Notó maravillada que en el centro del patio había una pileta magnífica que brillaba con el sol. Debía estar hecha de oro. No podía ser de otro material ese dorado vivo. La fuente estaba rodeada de hermosas flores, al igual que muchas áreas de alrededor. Todo destilaba opulencia.

—El rey la espera en la Sala de Oro —dijo Zarick con ceremonia—. Él mismo la llevará luego al lugar en donde está su esposo.

Ella asintió. Fue guiada por unos corredores preciosos. Todo era mármol, oro, diseños entramados góticos con escudos de la realeza. Algunas paredes parecían antiquísimas, estucadas, con motivos de conchas, estrellas y flores. Sin poder evitarlo miró hacia el techo. Tenía motivos que parecía un firmamento. Ashley supuso que las estrellas rojas, amarillas, azules, eran piedras preciosas y no meros adornos. Era verdaderamente impresionante.

Subió las escaleras y Zarik se giró.

—Esperamos que se sienta cómoda con las atenciones que le brindaremos. Es nuestra huésped de honor al igual que su esposo —abrió ligeramente una gran puerta azul ante la cual se habían detenido— por favor, pase. El rey la espera. —Dicho eso se alejó.

Pronto, Ashley se encontró con un hombre anciano. Robusto y de nariz aguileña. El *kafyyeh* del rey no era rojo con azul, sino rojo con dorado. Al parecer ese reino distaba mucho de las costumbres al vestir en cuanto a colores en comparación a otros países árabes sobre los que ella había leído alguna vez. Eran mundos opuestos.

—Su Majestad —saludó con una leve inclinación de cabeza. Al menos Jamal, sin querer, le había expresado el modo en que debía referirse al hombre que era amo y señor de ese país.

—Bienvenida a Bhuran, mi país, y la ciudad principal, Quarut, señora Valliard. Espero que la hayan tratado muy bien en su viaje desde Sídney.

Ella asintió.

—Gracias, ha sido un viaje largo, pero su personal me atendió muy bien.

Él le indicó con la mano que tomara asiento. Ella lo hizo.

—Lamento que la hayan mantenido en suspenso con respecto al estado médico de su esposo. —Ella asintió con el corazón acelerado—. Me gusta comunicar temas delicados en persona.

—Gracias... no quisiera parecer descortés, pero, han sido horas de incertidumbre, y le agradeceré me aclare lo que ha ocurrido.

—Ayer acabábamos de cerrar las negociaciones con Casa Valliard, y luego de firmar el contrato con los abogados de parte y parte, Caine aceptó la invitación de mi hijo mayor y príncipe heredero, Malek, para pasear por el desierto en un moderno jeep Wrangler Unlimited. La idea era tener una experiencia turística de primera, puesto que vamos a ser socios. —Ella asintió complacida por el éxito de Caine—. Su esposo se adentró en una competencia por las dunas y tomó un camino que se le dijo no elegir. Imagino que no lo hizo a propósito, pues es fácil confundirse en el desierto Pheteh. —Ashley se llevó la mano a la boca a medida que el rey, con tono ceremonioso le hablaba—. Se volcó.

—¿Los daños? —preguntó sin aliento. La habitación tan amplia ahora le parecía opresiva.

—Sufrió una quemadura cuando el tubo de escape del jeep topó el brazo izquierdo. Un golpe en la cabeza bastante fuerte. Está dormido bajo el efecto de los sedantes que el médico le ha dado para los dolores, pero no hay contusiones ni daño cerebral. Sin embargo, fue una caída bastante aparatosa y consideramos apropiado llamarla. El doctor ha dado buen pronóstico para su recuperación, aunque no podremos saber nada hasta que despierte y se pueda reevaluar.

Ashley contuvo un sollozo.

—Gracias por hacérmelo saber, Su Majestad.

El hombre asintió y se puso de pie. Ashley lo imitó, y no supo de dónde sacó las fuerzas para hacerlo.

—Por favor, acompáñeme, la llevaré al ala sur del palacio. Tendrá toda la privacidad que necesita. Lo siento, señora Valliard —dijo el rey guiándola por los pasillos—, estamos muy apenados por el incidente.

—Es un alivio que hubiese enviado por mí para estar con mi esposo. Lo agradezco profundamente.

—Es lo menos que podíamos hacer. Mi hijo Malek se siente responsable. Está atendiendo una reunión de Estado en el centro de la ciudad, pero sabe que usted está en el palacio. Espero nos haga el honor de cenar con nosotros esta noche. Puede quedarse el tiempo que desee. Al igual que su esposo hasta que se recupere por completo.

—Yo... gracias...

El rey abrió la puerta gris que dio paso a una suntuosa y exótica habitación. Igual que el resto de la casa era de mármol, los relieves que había en las columnas que daban a un balcón, desde el que se podía observar el desierto y edificios a lo lejos, eran de oro.

Sin esperar, Ashley acudió a la cama en la que descansaba Caine. Se acercó. Él parecía apaciblemente dormido. Los aparatos médicos que controlaban sus signos vitales estaban encendidos. Los líquidos que pasaban vía intravenosa goteaban lentamente en la bolsa suspendidas.

—El médico vendrá dentro de media hora a monitorearlo —intervino el rey con suavidad—. Si desea algo solo debe tocar el interruptor junto a la cama de su esposo. Está siendo atendido por dos enfermeras que se turnarán hasta que le den el alta. La dejo a solas con él. ¿Ya le indicaron su habitación?

—No...

—¿Observa esa puerta blanca contigua al balcón? —Ella asintió—. La cruza y es su habitación. Puede entrar y salir a su antojo.

—Gra... gracias, Su Majestad. —El imponente y poderoso rey asintió y se retiró con parsimonia.

Cuando estuvo sola se sentó con cuidado a su lado.

Lo miró con pesar.

—Tenía que salir tu vena aventurera, ¿eh? —susurró con la voz rota, y pasándole la mano por la frente con ternura a Caine—. Estoy aquí. No me tengas en suspenso, por favor. Despierta pronto, Caine...

Obviamente no hubo respuesta. Estaba profundamente dormido.

Acarició la mejilla de su esposo. Todo el resentimiento se esfumó matizado por la preocupación desde que supo del accidente. Inclusive recostado y en calma irradiaba poder. Quizá por eso el rey había sentido tanta empatía. Era fácil sentirse atrapada por el magnetismo que tenía Caine. Ese magnetismo que la había impulsado a aceptar casarse con él.

CAPÍTULO 5

Media hora más tarde apareció el médico. Este le informó que aunque el accidente fue grave, por el impacto y el modo en el jeep se volcó, las secuelas físicas no iban a notarse, en especial si tenía cuidado con el área quemada del brazo.

Caine empezó a despertarse.

—¿Cicatrizará pronto? —preguntó ella observando a su esposo.

El médico guardó el estetoscopio.

—Si recibe los cuidados necesarios todo irá bien. Es un hombre joven. El suero es solo para hidratarlo, pues no está acostumbrado al calor del desierto, y ya está por terminarse así que se lo sacaremos ahora mismo. —Se acercó y procedió con cautela para no lastimar la piel al sacar la aguja—. Llámeme si necesita algo adicional. Estoy residiendo en el palacio por invitación del rey para poder ayudar a su esposo hasta que esté listo y pueda volver a Australia.

—Ash... —dijo la voz rasposa de Caine cuando finalmente abrió los ojos, impactándola con su cautivadora mirada—. Nena... —Estiró la mano, y ella se acercó para entrelazar los dedos con los de Caine—. ¿Dónde estoy?

En esta ocasión intervino el médico. Le dijo dónde estaba y lo ocurrido, hasta que la mirada de Caine fue de comprensión.

—Es normal que se sienta un poco desorientado. Se debe a los analgésicos y la medicación para el dolor. Tiene una quemadura en el brazo izquierdo. Eso lo más grave dentro del cuadro que presenta. Para mañana estará mucho mejor y podrá levantarse. Le dejaremos los monitores una noche más y luego todo irá sobre ruedas. Fue un accidente sin mayores consecuencias. En dos días más podrá llevar una vida normal, aunque eso sí, debe cuidar la quemadura. —Él se contempló el brazo herido—. No es grave, menos mal.

—Gracias, doctor —dijo Caine. Miró a la enfermera—. Gracias por sus atenciones, señorita.

—Bien, creo que es todo de mi parte. Le diré al rey que las enfermeras solo serán necesarias hasta esta noche. Ayer durmió sin problemas y los signos vitales se mantuvieron óptimos según me informaron.

—De acuerdo —repuso Caine.

—Cualquier novedad, por favor, me notifica —le pidió a Ashley, antes de abandonar la habitación junto con la enfermera.

A solas, Caine la miró.

—Hola, Ash —murmuró en el cálido silencio.

—Caine, me diste un susto terrible. No me hablaron de tu estado hasta que estuve en el palacio. No sabes lo que he sufrido en estas horas —dijo con voz temblorosa.

Él apartó la mano y abrió los brazos.

—Ven aquí, tesoro. —Ella se acomodó entre sus brazos y sollozó—. Siento haberte asustado de esa manera. Fue un accidente y en este país son reservados con todo. No me sorprende que inclusive hayan hecho de mi diagnóstico un secreto. Todo está bien —susurró contra los cabellos suaves de su esposa—. Gracias por no haber dudado en venir. Sé que he sido un cretino.

Ella no respondió.

Se quedaron así, abrazados, un largo rato.

—Me alegro de saber que estás bien —murmuró Ashley contra el pecho de Caine, mientras él le acariciaba la mejilla.

—¿Aunque haya sido imbécil esa noche?

—Caine, no discutamos... por favor.

—Quiero disculparme contigo. Sé que si te regalase joyas me enviarías al diablo, también si intentara seducirte, sé que prefieres que hablemos... Lo siento muchísimo, Ashley. Estaba frustrado y no debí tratarte como lo hice. Había pensado en invitarte a cenar y redimirme contigo.

—Lo importante es que estás vivo.

—Necesito que me disculpes. Ha sido un tormento saber que te hice sufrir. Odio ser el responsable de tus lágrimas, cuando debería ser solo el causante de tus sonrisas.

Ella lo miró con dulzura.

—Creo que debería hacer como esas mujeres revanchistas.

—¿Y cuáles son esas?

—Las que hacen dramas y esperan que el esposo se arrodille.

—¿Esperabas que yo hiciera eso?

—Esperaba que admitieras tus errores y te disculparas. Y lo acabas de hacer. Disculpas aceptadas.

—¿Así de fácil?

—No es fácil cuando me siento herida. Pero sé que tus disculpas son sinceras, y si te vas a poner de rodillas en algún momento será para otra cosa.

Eso le arrancó una carcajada a Caine.

—Siempre me ha gustado tu sentido del humor.

—Quizá no sea como esas mujeres revanchistas, pero tengo sentido pragmático. Si te arrodillas, que sea para algo tentador —dijo riéndose.

—¿Ese episodio entonces queda de lado y disculpado? —preguntó.

—Sí.

—Y aunque esté disculpado, ¿aceptarás ir a cenar conmigo y tratarte como la reina que eres para compensar mi idiotez?

—Si es tu deseo, sí.

—Lo es, mi vida. Además hace tiempo no tenemos una cena romántica lejos del bullicio de otras personas que solo buscan hacer negocios. Necesitamos un tiempo para nosotros.

Ella sonrió y le acarició la mandíbula, mirándolo.

—Sí...

—Ash, ¿qué es aquello que querías mencionarme esa noche? ¿Tu perdón implica abrirte a mí esta vez y hablarme?

Ashley tomó una respiración profunda. Se incorporó ligeramente y lo miró a los ojos con seguridad. Había estado casi a punto de perder a Caine. Se hubiese quedado sola en el mundo. Sin nada vivo que le recordase al hombre que amaba. Y una de las cosas que más pena sintió mientras iba meditando sobre el accidente, en el trayecto del hangar al palacio, fue que le hubiese encantado tener un hijo.

Pero tenía tanto miedo... Lo enfrentaría. No tenía otra opción.

—Sí, Caine. Eso implica hablarte de aquello que quedó pendiente. Y que es muy importante para mí.

La sonrisa de su esposo le calentó el corazón. Podían volver a empezar. Claro que podían.

—Gracias, Ash... entonces, hablaremos. Aunque, ¿sabes? Tendremos que dejarme para más tarde, porque estoy sintiéndome somnoliento de nuevo —murmuró.

—Las píldoras que te dejó el médico sin duda —repuso Ashley con una sonrisa, sentía que la calma y la esperanza la embargaban—. Me iré a cambiar. He estado viajando y apenas me he podido refrescar. Ya es casi de noche. ¿Tienes hambre...?

—No, solo tengo sueño.

—Mañana en la noche el rey ha organizado una cena. Me ha dicho su asistente, antes de que viniera el médico, que será un honor contar conmigo, y que se alegraría inmensamente si tú pudieses bajar para entonces.

—Ya escuchaste al doctor Pombai. Estoy bien. Ha sido un accidente sin consecuencias que lamentar. —Se miró el brazo herido—. Salvo esta quemada absurda que espero cicatrice bien.

—Lo hará... —dijo Ashley sonriendo, aliviada.

—Mhum... —susurró él antes de dormirse de nuevo.

Caine se había recuperado favorablemente. El único impedimento para que se sintiera completamente en su piel era la quemadura. Tenía que cambiarse los apósitos y aplicarse cremas. Pero dormía bien, su apetito estaba en óptimas condiciones y su movilidad era la de siempre.

Ashley no había dormido a su lado, y eso lo preocupó. Sabía que no era del tipo de mujer que cuando decía que había perdonado, mintiese. Se dio un baño, no sin dificultad por la quemadura, y luego se vistió.

Tenían una cena esa noche con el rey y su hijo, el príncipe heredero. A diferencia de otras familias árabes, el jeque y rey al mismo tiempo, solo había procreado tres hijos. Malek, Zharif y la princesa Amira. La historia de amor entre el rey y su fallecida reina era legendaria. Se habían enamorado desde muy jóvenes y jamás se separaron, hasta que ella falleció de una terrible enfermedad. Entonces el rey rehusó casarse de nuevo.

Sería la última noche en Bhuran para Caine y Ashley.

Sus abogados se habían regresado a Sidney horas atrás, algo preocupados por su salud, pero Caine les aseguró que todo iba bien y que tenían que empezar a trabajar en la nueva asociación. Así que en teoría era la única noche a solas con su esposa. Y él pensaba aprovecharla.

Caine era consciente de que se había alejado emocionalmente. Le dolía que ella no pudiese abrirse a él y contarle aquello que la afligía o preocupaba. Aquello que representaba un impedimento para tener una conversación sincera y directa sobre el motivo de ella para no querer tener hijos.

Pero ella le había dado su palabra de que hablarían esa noche. Él esperaba sinceramente que la brecha que había crecido entre los dos se cerrara. Quizá el accidente hubiese sido algo bueno. El rey le había dicho que creía en el destino que marcaban las estrellas, y que nada ocurría por casualidad. Era un mensaje sin nada críptico, pero el monarca nunca sabría cuán acertado creía que estaba siendo.

Ashley sorprendió a Caine entrando a la habitación que a ella le habían asignado.

—Ash... —dijo con admiración. Su esposa tenía un vestido azul índigo que moldeaba cada una de sus perfectas curvas. El escote era discreto y tentador al mismo tiempo. La prenda se ajustaba a la fina cintura y caía en ondas de seda hasta el suelo. Ella movió los pies ligeramente, y así Caine pudo admirar unas preciosas babuchas con pedrería—. Estás hermosa. ¿Dónde compraste esa ropa?

Ella sonrió.

—Una cortesía del rey como compensación por todo el tumulto que se armó en torno a tu accidente. —Automáticamente estiró las manos para acomodar la corbata de Caine—. Te sienta bien ese traje.

Se inclinó y la besó en los labios. Fue un beso suave, pero cargado de promesas. Los ojos de Ashley destellaron.

—Gracias, dulzura... —estiró el brazo—, ¿nos vamos?

Ella asintió.

Bailaron, comieron exquisitamente y sonrieron a la par. El ánimo entre Caine y Ashley había mejorado. Ninguno quería arruinarlo hablando de temas demasiado serios. Charlaron con los príncipes, escucharon al rey, mientras este hacía un sentido brindis por la alianza comercial y la buena salud de Caine.

Ashley se divirtió escuchando las ocurrencias de la princesa. Amira era exuberante, destilaba elegancia, y dada su educación en otros países su conversación era amena y llena de anécdotas que hicieron reír a Ashley.

A pesar de que el ambiente era animado y tranquilo, los guardias de seguridad, discretamente apostados en distintos lugares del opulento comedor, mantenían perenne vigilancia. De hecho, Ashley observó, sorprendida, a Jamal ubicado junto a uno de los pilares de mármol rosado que daba paso a la entrada del comedor. Llevaba lo que parecía ser un uniforme militar.

Una vez acabada la velada, los Valliard se retiraron.

El área en la que Ashley y Caine se hospedaban, en otros tiempos había sido designada para el rey y su harén. Estaba muy aislada del resto del palacio real, de hecho, apenas estaban contactados por un largo y elegante pasillo que daba a la sala de recepción. Al saberlo, Ashley se sintió más tranquila. Le gustaba su privacidad y más tratándose de un sitio ajeno a su natal Australia.

Ya no existía tal harén, y la familia real vivía en un ala bastante distante en el palacio. La muchacha que había sido designada para atenderla, Ghalia, le contó que la historia de amor entre el rey y su esposa, la reina fallecida, Dhajma, era legendaria. Desde que el rey Muffat había tomado a Dhajma como esposa, nunca hubo otra mujer en su cama, y fue entonces cuando se mudaron los aposentos de la familia real, y el ala sur —dedicada otrora a los placeres carnales del rey— se convirtió en un área para recibir invitados de todas partes del mundo.

Entraron en la habitación de Caine.

La luz de la estancia estaba apagada, pero desde el balcón entraba el brillo de la luna. Caine la tomó de la mano y la giró hacia él.

—Ashley —frotó la nariz con la de ella— ¿está todo en orden?

—Lo está... —susurró, perdida en aquellos ojos.

Las manos de Caine acariciaron la piel de los brazos desnudos de Ashley. La piel era cremosa y delicada al tacto. Recorrió la clavícula con los dedos y después enredó las manos en el cabello rojo, suelto y ondulado. La atrajo hacia él, pegando sus cuerpos. Encajaban siempre a la perfección. Como si hubiesen sido creados en el universo para encontrarse y ajustarse. Ella se abrazó a la cintura de Caine, y sintió contra su vientre la evidencia del deseo.

—¿Dejarás que te haga el amor? ¿Me permitirás entrar en ti...? —preguntó con un tono dulce y sincero—. Te he echado tanto de menos. Detesto alejarme de ti, pero detesto todavía más saber que he sido el causante de tu tristeza.

Ella asintió, embrujada por tenerlo cerca. Su aroma, su voz y su apostura eran elementos que la cautivaban. Si a ello le sumaba el ambiente exótico de la lujosa suite se sentía en otra realidad. Una deliciosa realidad fuera de los problemas y el estrés del día a día en Sidney. Tenían solo una noche más.

—Mañana volvemos a la realidad...

—¿Qué me quieres decir con eso, amor?

A lo lejos escucharon unas risas. No las tomaron en cuenta.

—Podemos solo sentir por hoy. Mañana en la mañana hablaremos. ¿Está bien por ti?

—Lo está.

Ella sonrió. Una última noche antes de que le hablase de su doloroso episodio familiar. Antes de que él la mirara con otros ojos. Unos que seguramente, al igual que ocurrió con sus padres, la condenarían a continuar sintiéndose como un completo fracaso ante la posibilidad de cuidar de otro ser humano. Un bebé.

—Bien...

En el exterior retumbaron carcajadas apagadas. El silencio de la noche las hacía parecer más cercanas.

Caine unió con lentitud su boca la de Ashley. Le acarició los labios con suavidad. Los mordisqueó tal como sabía que a ella le gustaba. Sus manos masajearon el cabello y sintió cómo se rendía a su intento de besarla más profundamente, cuando entreabrió los labios y le permitió recorrerla íntimamente con la lengua. Sus lenguas se enlazaron, reconociéndose y jugando a seducir. Un juego sensual que se convirtió pronto en intensa necesidad.

Caine empezó a desnudarla con habilidad.

El calor de sus manos recorrió la piel de Ashley, mientras ella frotaba el sexo erecto sobre la tela del pantalón. Gimió y la tomó de las nalgas. Apretándolas y acariciándolas. Le encantaba el cuerpo de su esposa. Era curvilínea y con esa melena roja lo volvía loco.

Desde el balcón llegaron voces nuevamente.

Se separaron, mirándose intrigados. Respiraban con dificultad.

—¿Será de llamar a los guardias? —preguntó ella quitándole la chaqueta a Caine, para luego seguir con los botones de la camisa blanca.

Él sonrió, mientras le quitaba el vestido a Ash. Una bruma azul índigo cayó al suelo dejando a su esposa con unas picardías. Se le secó la boca. Los pechos ondulados y seductores estaban a la vista, apenas cubiertos por una tela color melocotón, transparente. Los pezones del color de las fresas estaban erectos contra la tela, y las rosadas areolas eran más que visibles.

Las bragas eran iguales. No dejaban nada a la imaginación, y el solo hecho de tener una nimia capa de tela la hacía parecer más tentadora, más prohibida. Más deseable.

—Te has depilado por completo...—gimió Caine cuando vio la carne desnuda del sexo de Ashley—. ¿Tenías en mente perdonarme pronto? —dijo con voz grave y rígida por la excitación.

Ella soltó una risita ronca. Recorrió el torso musculado de su esposo con los dedos, las uñas, sintiendo la piel ardiente y dorada.

—Tenía en mente sentirme feliz conmigo misma dándome un capricho que deseaba... —repuso besándolo.

Unos murmullos continuaron colándose entre ellos.

Cuando se quedó en bóxer, Caine tomó a Ashley de la cintura y la condujo hasta la ventana del balcón. El viento del desierto llegaba con suavidad a través de las cortinas. La noche era fresca. Se veían las estrellas como un manto de pequeños puntos de luz.

—Hay alguien ahí —susurró Ashley, como si el intruso pudiese escucharlos o verlos. Horas atrás, Ashley había deambulado por ese jardín, maravillándose de la exuberancia y hermosura de las plantas del palacio. Tenía una piscina de veinte metros con columnas alrededor. Bajo el sol calcinante de la tarde, el sitio le pareció un oasis. Y ahora lucía abandonado, místico—. Deberíamos llamar a seguridad... estamos solos los dos en esta ala del palacio. Si nos pasa algo...

—Shhh... no va a pasar nada. Observa...—dijo abrazándola desde la espalda. Él miraba al exterior, apoyando la barbilla en la coronilla de su esposa, mientras desde una esquina oculta del balcón ella hacía lo propio a la espera de ver algo...

Una sombra apareció de pronto. Se quedó estática. La luz de luna llena les mostró el rostro de una mujer y una ligera ventisca agitó lo que Ashley creía era un vestido. Frunció el ceño.

Además de la luna, los alrededores del jardín estaban tenuemente iluminados, salvo por las sombras que creaban las columnas laterales en estilo barroco. Unas columnas que habían estado ocultando a la mujer, pero ahora ella se había apartado y sus facciones quedaron parcialmente a la vista.

—La princesa Amira —dijo Ashley con asombro al reconocerla.

No podía ver con claridad sus rasgos, pero el perfil indicaba que era un rostro afinado y nariz respingona. La figura voluptuosa. Era sin duda la princesa. Sintiendo una espectadora no invitada, permaneció en absoluto silencio y prácticamente sin moverse. ¿Qué estaría haciendo la mujer, sola, a esas horas de la noche en un jardín alejado de todo?

La respuesta llegó mucho más rápido de lo esperado.

Otra sombra salió de la oscuridad. Se acercó a la mujer. Cuando la luz rodeó a ambos, Ashley vio que se trataba de un hombre. Miraron hacia uno u otro lado como si temieran ser encontrados. Y luego volvieron a concentrarse en ellos.

—Vaya...—susurró Ashley cuando los dos desconocidos se besaron con desesperación. Las manos de uno y otro se recorrían el cuerpo con avidez. A ratos se movían cerca de una de las columnas, siendo engullidos por la oscuridad, y a ratos giraban y la luz tenue del jardín mezclada con la de la luna dejaba verlos.

—Mmm... —replicó Caine—. ¿Quieres quedarte a ver qué sucede? —preguntó acariciándole la espalda y deteniendo después los dedos en el broche del sujetador. Lo abrió. —Ella asintió, y mantuvo la vista fija en el jardín—. Será una aventura interesante esta noche, señora Valliard.

—Solo es curiosidad... —susurró cuando las manos de Caine tomaron sus pechos desde atrás, a manos llenas. Los pulgares acariciaron con suavidad los pezones duros, y empezaron a obrar magia. Masajeó los pechos al tiempo que apretaba los pezones con fuerza haciéndola estremecer, y con su boca le recorría el cuello

a besos y la oreja con la punta de la lengua. Su pene estaba duro y se frotaba contra el trasero femenino—. Caine...

—¿Sí?

—Esto está mal —dijo antes de elevar las manos y echarlas hacia atrás para acariciar el cabello de Caine. Ese movimiento logró que sus pechos se elevaran más, haciendo gemir a su esposo que no dejaba de deleitarse con el peso y la suavidad de esos sensuales montículos llenos de sensibilidad.

—Ellos no saben que estamos viéndolos.

—Pero nosotros sí —replicó con una risa tonta cuando Caine le arrancó las bragas. Después sintió los dedos firmes recorrer su vientre y deslizarse hasta el pubis. Le acarició la piel y el dedo medio de Caine se abrió paso entre sus pliegues, frotándola. Ella contorsionó el trasero contra la el sexo erecto. Lo sentía caliente y vibrante. Se moría por tenerlo dentro.

—Solo mira, preciosa, y déjate llevar por mis caricias —dijo con la voz ronca cuando ambos vieron cómo el desconocido desnudaba a la princesa sin preámbulos. Se sentó sobre una tumbona quedando de perfil hacia el balcón, por lo que pudieron mirar cómo los generosos pechos de Amira se bambolearon al colocarse a horcajadas sobre los muslos del desconocido—. ¿Te excita lo que ves? —preguntó.

—Sí... —gimió cuando el hombre incógnito se inclinó sobre los pechos de la princesa. Ashley supo lo que estaba haciendo—. Caine...

—Cuéntame... mmm... estás cálida y ardiente —susurró deslizando un dedo en el húmedo canal mientras el nudillo del pulgar acariciaba el clítoris. La mano izquierda le apretaba los pezones a tiempos alternativos, con fuerza como sabía que a ella le gustaba, y luego los acariciaba con suavidad para mitigar el dolor y convertirlo en placer.

—Deseo... besa mis pechos con tu boca. —Inmediatamente, lo sintió sonreír contra su cuello. Las manos detuvieron sus caricias y pronto tuvo a Caine frente a ella. Sin dudarle, le quitó el bóxer. Su esposo colaboró muy gustoso, y al instante tuvo el miembro masculino, cuan grande era, entre sus manos para tocarlo y acariciarlo. Lo hizo a conciencia y le gustó el siseo de Caine.

Caine la complació. Sus dedos obraban magia en el sexo de Ashley, mientras su boca le devoraba los pechos, y los gemidos complacidos de su esposa lo llevaban al borde de la locura.

—Dime qué están haciendo —pidió. En la posición en que se encontraba, ella podía ver el jardín, pero ahora Caine estaba de espaldas al sitio, acariciando a su mujer.

—Ese hombre está devorando los pechos de Amira... los besa con avidez... Oh, Caine, sí... chupa más fuerte... oh, Dios...

—Sígueme contando, amor —exigió manteniendo toda su fuerza de voluntad para no terminar en ese mismo instante. Era lo más erótico que hubieran hecho jamás.

Ashley se sentía mareada de deseo.

—La está tomando de las caderas. Están completamente desnudos... como nosotros —susurró cuando tuvo dos dedos penetrándola y lubricándola con su propia humedad. La piel se le enchinó—. Él está echando la cabeza hacia atrás y Amira se mueve frenéticamente con el sexo del hombre poseyéndola...

—Sigue...

—Caine voy a terminar...

—Es la idea, tesoro... míralos y sígueme contando hasta el final.

Con la respiración entrecortada, intentando concentrarse en lo que veían sus ojos verdes y lo que su cuerpo libidinoso experimentaba, puso atención.

—Lo está cabalgando, sus pechos se agitan... —dijo, al tiempo que Caine se colocaba entre las piernas de Ashley, tomaba un muslo y lo colocaba sobre su hombro. Abriéndola y exponiéndola a su mirada, ella jadeó. Los labios íntimos estaban mojados. Acercó la boca y la saboreó—. ¡Dios...! Caine...

—Sígueme diciendo. O dejaré de tocarte —expresó con voz tensa, mientras su lengua chupaba el sexo henchido, sus dientes saboreaban los labios limpios de todo y llenos de su esencia natural, tan exótica y embriagadora.

—Le chupa los pechos y ella... ah... ella...

—¿Ella? —insistió succionando. Los dedos de Ashley se aferraron con fuerza al cabello de Caine. Como una súplica a que no tardara en procurarle el orgasmo.

—Acaba de echar la cabeza hacia atrás... creo que han...

—Llegado al orgasmo —completó Caine y se apartó de Ashley.

Ella fue a protestar, pero él la llevó hasta la cama, la depositó en el suave colchón y sin dilatar más el momento la penetró con fuerza. Bombeó las caderas con ímpetu, llegó hasta lo más profundo de Ashley, sintió cómo las paredes íntimas femeninas contraían su sexo duro y hambriento.

Las manos de Ashley acariciaron la espalda de Caine, le clavó las uñas, le mordió el hombro, mientras él no dejaba de entrar y salir de su cuerpo. Chocando, mezclando el sudor, la esencia, la pasión. Ella lo rodeó con las piernas, y él se perdió en ese colorido abismo de partículas de éxtasis. Ashley solo necesitó ver el rostro descontrolado y primitivo de Caine para sentir cómo el manto de la liberación la arropaba con premura e ímpetu.

—¡Ashley...! —gritó, vertiéndose en ella, dejando hasta la última gota de su esencia en el interior del cuerpo suave y cálido.

CAPÍTULO 6

Se quedaron abrazados, mientras la calma regresaba poco a poco.

El viento del exterior había descendido algunos grados. Caine los arrojó con la sábana. Sabía que a pesar de la magnífica sesión de sexo que acababan de tener, las cosas entre ellos no estaban aclaradas. La comunicación en la cama era fabulosa, pero no era eso lo que él necesitaba reafirmar. Se trataba más bien de los vínculos relacionados con la confianza y la necesidad de encontrar apoyo en el otro. En su caso, una explicación.

Era consciente de que Ashley no estaba dormida. Su respiración era calma, pero no profunda. Él le acariciaba la espalda con lentitud. Le gustaba tenerla sobre él. Sentir su peso, compartir la cercanía de su piel y el calor que ambos creaban.

—Cariño...—susurró.

—Mmm.

—¿Qué vas a hacer mañana cuando veamos a la princesa?

Ella le dio un golpecito sobre el brazo.

—Serás malo.

Él soltó una carcajada.

—Te he dicho que me encantas, ¿verdad?

—No lo suficiente —repuso con el corazón en un puño—. Caine, no soporto este abismo que se ha creado entre los dos.

—¿Quieres hablar ahora? —preguntó con suavidad acariciándole las mejilla con dulzura—. Estoy dispuesto a escucharte. Siempre lo estoy. No entiendo por qué te has alejado de mí. ¿Qué escondes, Ash? —Ella lo miró un largo rato. Dejó escapar un suspiro e intentó apartarse. Él no se lo permitió—. Háblame. No te alejes físicamente. Lo que sea que tengas que decirme podemos lidiar con ello. Los dos. No separados.

—Yo...

—Venga, Ash —la animó acomodándole el cabello detrás de la oreja.

Ashley apoyó las palmas de las manos sobre el pecho de Caine, y luego su barbilla sobre el dorso de la mano derecha. Sus miradas entrelazadas. Hacer una confesión se volvía demasiado íntima en esa posición.

—Había pensado hablar contigo mañana, no hoy.

—¿Por qué?

—Temo que luego de que te diga lo que voy a comentarte, me alejes de ti. O incluso me juzgues tan duramente que no pueda soportarlo.

Él frunció el ceño.

—¿Qué podría ser tan terrible para que yo sintiera ganas de dejarte? Eso no sería posible.

—De acuerdo... —No hay paso atrás, pensó sin salida—. Conoces a mi hermana Camille, ¿cierto? —Caine asintió—. En realidad no somos solo dos hermanas. Éramos tres. Tuvimos un hermano pequeño, Timothy. Le decíamos Tim de cariño. Era la luz de los ojos de mamá. Lo único que la calmaba cuando mi padre hacía de las suyas.

—¿Dónde está Tim?

—No lo sé —susurró con impotencia.

—¿Cómo no lo sabes?

—Hace diecinueve años, yo era prácticamente la niñera en casa. Por ser la mayor. Mi madre estaba en lo suyo, si no era el alcohol, las peleas, entonces estaba persiguiendo a papá como si de esa manera pudiera impedirle serle infiel —dijo con una mueca y un tono de desprecio—. En ese entonces yo tenía diez años. Tim, cinco. Mi madre se llevó a Camille con ella porque le habían dicho que mi padre estaba saliendo con una de las ayudantes de contabilidad del taller mecánico. Así que me dejó encargado a mi hermano. Era un niño tan dulce y obediente, Caine...

—Lo imagino, cariño —dijo, comprensivo.

—Yo estaba entusiasmada ante la idea de conocer a la hija de los vecinos nuevos. La había visto varias veces y siempre tenía unos vestidos de lo más bonitos, y parecía muy alegre. Quería ser su amiga. Ese día, mientras Tim jugaba con un cochecito de bomberos, Helga —porque así se llamaba la niña— se asomó por la verja lateral del jardín delantero. Me preguntó si quería un trozo de tarta de fresa.

—Una niña muy generosa.

Ashley asintió.

—Yo le contesté que estaba al cuidado de mi hermanito. Y que no podía dejarlo solo porque algo le podría ocurrir. Pero Helga me dijo que los niños no eran tontos. Y que si le decía a Tim que se quedara quieto, él obedecería. Que fuera con ella, tomara la tarta y luego volviese a casa. Yo miré a Tim. Estaba tan concentrado con su carrito de bomberos que cuando me acerqué para decirle que no se moviera apenas reparó en mí. Tuve que tomarle el rostro con firmeza para que me escuchara.

—¿Te dijo que se portaría bien, verdad? —preguntó. Sabía que estaba diciendo frases hechas y preguntando lo obvio, pero no encontraba otra forma de suavizar lo que él intuía que vendría a continuación. Solo trataba de impulsarla a hablar, sin necesidad de que sintiera la presión en su voz.

—Lo hizo. Así que mientras Helga esperaba, yo pensé que dejándole más juguetes sería todo mucho mejor. Fui dentro, tomé unos soldaditos y legos, y los puse junto a él.

—¿Estabas totalmente sola en casa?

—Sí...

—Era demasiada responsabilidad cuidar a un niño pequeño, Ash.

Ella asintió.

—Yo no lo sabía entonces, ahora lo reconozco. Pero siempre estuve a cargo de mis hermanos.

—Lo siento por esa niña que debió tener esa carga sin ser consciente de que no le correspondía llevarla —susurró. En ese instante, Ashley se incorporó. Él también lo hizo, acomodándose contra el respaldo de la gran cama. Ella se puso frente a él, con las piernas recogidas a un lado, mirándolo. Caine preguntó—: ¿Helga no invitó a Tim?

—Ella solo me dijo que fuera por la tarta. La verdad es que no encontré nada complicado en el tema. Más que la tarta, yo quería ser amiga de Helga. Así que dejé a Tim y fui corriendo a la casa vecina. —Tragó con dificultad y apartó la mirada de Caine. Él la dejó—. No me tardé nada, Caine. Nada. O al menos eso creía... cuando volví mi hermano no estaba.

—Te costó encontrarlo...

Las lágrimas asomaron a los intensos ojos verdes.

—Lo busqué con desesperación por toda la casa. Le pedí ayuda a Helga, y ella vino conmigo. No estaba por ninguna parte, Caine. Ninguna. Inclusive fui a la casa de otros vecinos. Empezamos a buscarlo, preguntando si alguien lo había visto. Nada. Nadie sabía nada.

—Oh, mi amor —repuso con el corazón dolido por ella. No podía siquiera imaginarse la vida de una persona tan pequeña con una responsabilidad que no le correspondía, y además vivir el calvario de haber perdido a su hermano—. No sabes lo mucho que siento que hubieses tenido que pasar por esa experiencia...

—Llegaron mis padres —continuó como si Caine no estuviese ahí. Su voz era remota, lejana—, mi mundo se vino abajo. Me castigaron, me golpearon, me culparon. Los vecinos también me condenaban con sus miradas. Fue la policía. Buscaron el área. Alguien se había llevado a Tim, y nunca tuvimos una pista sobre su desaparición.

—No fue tu culpa, sino de tus padres. Ellos jamás debieron dejar a un niño a cargo de otro. Fueron irresponsables. Tú solo estabas siendo una niña. Nadie te preparó para tener un criterio de madre a los diez años, o para entender los peligros de lo que podía o no ocurrirle a un niño. ¿La policía no encontró indicios? ¿No contrataron a alguna agencia de detectives?

Ella negó.

—Mis padres se ensañaron conmigo. Yo era la culpable. Yo tenía que saber dónde estaba Tim. Camille nunca me reprochó nada, siempre me apoyó. La echo en falta ahora que está tan lejos, pero la entiendo. Irnos de casa y tomar cada cual nuestro rumbo fue lo mejor. Mis padres hicieron nuestras vidas un infierno. Ellos no gastaron ni un centavo en hacer nada para buscar a Tim. Se dieron por vencidos a los dos meses. Y yo solo esperaba cumplir dieciocho para irme de casa.

—Hace muchos años no había suficiente tecnología, quizá ahora...

—No —interrumpió—, yo ya hice las pesquisas necesarias cuando mi cuenta bancaria fue lo suficientemente estable para poder afrontar gastos importantes. Los detectives no encontraron nada. Me dijeron que había pasado demasiado tiempo y que quienes fueran que hubiesen raptado a Tim, pues estarían fuera de Australia o sus identidades habrían ya cambiado varias veces... No me dieron esperanzas. Y yo acepté el destino.

—No es justo que sigas castigándote.

—Una parte de mí siempre estará de duelo por ese hermano del que no sabré jamás.

—Quizá no necesites el perdón de nadie más que de ti misma.

—No sé qué quieres decir con eso...

—¿Cuánto tiempo durante los dos años de casados has dudado en contarme esto?

—Cada vez que hablamos de tener hijos...

—Pero no es porque te sientas incapacitada para ser madre, sino porque no te has perdonado. Tienes miedo de darte una oportunidad porque sientes que le robaste un hijo a tu familia al no haber cuidado de Tim. Porque crees que no tienes derecho a ser feliz por completo. Y no es cierto. No puedes continuar castigándote, cuando la única aprobación que necesitas es la tuya. No la mía. Yo te amo, pero no puedo redimirte. Nadie puede, solo tú.

—Caine, ¿no lo entiendes? —preguntó con la voz rota, mirándolo con desamparo. Caine abrió los brazos, y Ashley se perdió en ellos. Empezó a llorar como

nunca antes. Lloró por esa niña de diez años que solo quería jugar y tener amigas; lloró por su hermanito al que jamás volvió, ni volvería, a ver; por su familia rota y el miedo a fracasar como madre. Lloró por su pasado y por todos los recuerdos no creados a raíz de la desaparición de su hermano.

Cuando Ashley se calmó, él la apartó con delicadeza. Le limpió las lágrimas y sonrió con amor.

—Entiendo que has llevado durante este tiempo una carga emocional, Ashley, a solas, demasiado pesada. Me hubiera gustado poder compartirla contigo y acompañarte. Comprenderte en lugar de exigirte. Pero nunca te juzgaría. Me has dejado de lado esta vez, y no voy a volver a permitir que ocurra.

Ella negó.

—No puedo ser madre. No puedo quedarme embarazada. No puedo —susurró con voz estrangulada.

—Ashley...

—Me aterra la sola idea de no ser capaz de cuidar de mi propio hijo. De perderlo... y entonces, perderte. No podría lidiar con eso. Yo...

—Indistintamente de tu pasado por el secuestro de Tim, tú, ¿no quieres ser madre, entonces? Porque si es ese tu deseo, entonces no volveré a insistir. No quiero tener un bebé contigo a costa de nuestro matrimonio. Tú eres lo más importante para mí, Ashley y quiero que lo entiendas.

«Dios, cuánto amaba a ese hombre.»

—Me muero por tener un hijo contigo —confesó con el corazón en la garganta—. Quiero tener una parte de ti y de mí para siempre. Pero no puedo volver a pasar por el terror de perder un niño a mi cuidado...

Caine la estrechó con fuerza.

—Somos un equipo.

—Siento no haber confiado en ti... siento...

—No vuelvas a dudar del amor que siento por ti, Ashley. Solo debes perdonarte. El resto ya lo iremos descubriendo juntos.

—Te amo, Caine —replicó, antes de inclinarse para besar los labios de su esposo.

Él la abrazó y se acurrucaron al abrigo de la noche desértica de Bhuran.

Ver a la princesa Amira fue toda una revelación, sobre qué tanta vergüenza era capaz de soportar, para Ashley. El porte regio y altivo de la princesa contrastaba totalmente con la imagen que había dado la noche anterior perdiéndose en los brazos de su amante.

Caine disfrutó viendo la incomodidad de Ashley, pero no dijo nada. Él no sentía vergüenza en absoluto. Había disfrutado de una escena erótica y luego tuvo una noche de pasión idílica con su esposa. No iba a quejarse, peor avergonzarse. La princesa ignoraba que ellos hubiesen visto un acto tan íntimo, así que, ¿qué más le daba a él?

Los Valliard se despidieron de la familia real, que les aseguraron que estarían encantados de recibirlos cuando desearan pasear por Bhuran. Bien fuese por negocios o por placer.

El encargado de llevarlos al hangar privado del rey fue Jamal. Durante el trayecto, Ashley tuvo un descubrimiento que la dejó sonrojada.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó Caine.

Ella se acercó para susurrarle al oído:

—Jamal es el amante de la princesa.

—¿Cómo sabes eso? —indagó con una sonrisa de complicidad recordando cómo Ashley le había dicho todo lo que quería que hiciera con ella mientras observaban a los amantes del jardín.

—Porque yo sí alcancé a ver sus rasgos, pero no recordaba de dónde. Ahora lo sé. Es él. ¿Por qué simulaba como si la princesa le diera igual, hoy en la mañana?

Caine se encogió de hombros.

—No tengo idea, cariño. A veces hay cosas que es mejor dejar pasar. En un país como este, lo más probable es que el rango de Jamal sea inferior a la de una princesa. Ignoro mayores detalles. ¿Te sientes mejor? —preguntó de pronto.

—Un poco. —Algo en la comida le había hecho daño, y al despertar había vomitado varias veces—. Ya no tengo dolor de estómago. Supongo que durante una semana intentaré comer ligero.

—Estás poco acostumbrada a las especies exóticas. Y la comida estaba peculiarmente picante, aunque deliciosa.

Ashley suspiró. Entrelazó los dedos con los de Caine y reposó la cabeza en el hombro firme de su esposo.

—Ya quiero llegar a casa.

—Estamos en camino. Luego podrás descansar a gusto.

—¿Contigo? —preguntó sugerentemente con una sonrisa. Era bueno haber roto las barreras entre ellos y finalmente hablado con su pasado.

Caine rio.

—Conmigo.

CAPÍTULO 7

Caine estaba vestido con un pantalón de tela algodón azul, una camisa blanca que reafirmaba su virilidad y el cabello perfectamente peinado hacia atrás. Si no fuera por el vendaje del brazo, se podría decir que su salud nunca había estado mejor. Tenía que esperar un poco más antes de quitarse el apósito.

Habían llegado hacía ya diez días a Sídney, y su relación con Ashley había mejorado notablemente. No podía decir lo mismo de la salud de su esposa. Dos días después de aterrizar en Australia, los efectos de la intoxicación alimenticia que pescó en Bhuran continuaron haciendo estragos en ella. Le enviaron a hidratarse, así que ella había aprovechado para pedir las vacaciones que la empresa le debía. Tenía un mes libre.

Aparte de su salud, ahora ya recuperada, Ashley estaba más abierta, sonriente. Las relaciones sexuales entre ellos cobraron una nueva dimensión. Ashley hablaba con soltura de las secuelas de su infancia y su miedo a ser madre. Él le sugirió ir a terapia para que pudiera entender aquellos episodios y darlos por superados. Ella aceptó, y Caine estaba contento de que todo progresara.

Era jueves por la mañana y tenía un almuerzo con un empresario muy importante. No lo conocía más que por su buena reputación, y era la primera vez que iban a charlar.

Jean-Michelle Arnaud era un reputado magnate francés, dueño de varios conglomerados de marcas mundialmente famosas. Quería ofrecerle la posibilidad de adicionar al negocio de la moda de Casa Valliard, uno con productos de alta calidad para el cuidado del cabello tanto femenino como masculino. Los socios de Caine consideraron que era una apuesta interesante, y lo animaron a vincularse para estudiar la propuesta de Arnaud.

Así que ahí estaba Caine, estacionando en el Club Arrecife y listo para empezar a sondear el posible nuevo vínculo comercial. Al parecer desde que se había hecho pública su alianza con Bhuran Sources, la cotización de Casa Valliard estaba varios puntos por sobre el promedio habitual. Y eso implicaba muchísimos millones de dólares australianos.

Entró en el restaurante del Club. Preguntó por Arnaud. El camarero lo guió a través del opulento sitio. Las mesas tenían forma circular y estaban separadas unas de otras a través del respaldo elevado de los asientos. Todos con vistas al campo del golf y la laguna.

El bar tenía un toque bastante europeo y motivos irlandeses en la decoración. Caine imaginó que era parte del excéntrico dueño, un tal Peter Lambert. Británico, sin duda. Todo destilaba buen gusto.

—Caine —dijo la voz fuerte de Jean-Michelle. Era un hombre alto, con vetas grises que lejos de envejecerlo le daban un toque clásico a su apostura. Bordeaba los cuarenta y seis años. No podrían describirlo como guapo, porque no lo era, más bien tenía rasgos duros que en su mezcla lo hacían lucir imponente e infundía sin duda respeto—. Gracias por reunirte conmigo.

—Un gusto. Buen sitio —replicó tomando asiento, mientras el camarero se acercaba para tomarles la orden. Tardaron muy poco en decidir qué querían almorzar antes de ir a jugar al campo de golf.

—Me alegro que te lo parezca. Entiendo que no eres socio todavía, aunque sé por mis amigos que son accionistas que no te han dejado de invitar a participar —expresó.

Caine rio. Dio un sorbo al whisky.

—Lo cierto es que mi agenda social es bastante apretada e incluir un club podría enloquecer a mi esposa. No es muy dada a la vida de reuniones y temas empresariales, pues ya tiene bastante con su trabajo.

—No tengo el gusto de conocerla. Supe que cerraste un trato con el rey de Bhuran. Es un hombre muy complejo. Debes tener un verdadero encanto para lograr llegar hasta él.

—O una buena estrategia —repuso Caine riéndose.

—O eso —acordó Jean-Michelle empezando a cortar la carne con alcaparras—, pero en todo caso mi propuesta es aperturar poco a poco en las tiendas de Casa Valliard un anexo con productos de belleza, exclusivamente para el cabello de hombres y mujeres. Algo especial. Costoso. Pero de calidad.

Caine se tomó su tiempo saboreando su plato de gambas.

—Me gusta la idea de innovar, pero creo que la línea de productos capilares no va en absoluto con nuestra idea. ¿Te parecería reconsiderar trabajar temas vinculados a maquillaje quizá? Creo que atraería mucho más, utilizando una o dos marcas que sean las más caras y representativas de tu línea de élite.

Jean-Michelle se golpeó con el dedo índice la barbilla. Asintió.

—Tienes razón. Me gusta más esa idea. Analizaré las marcas con el equipo de marketing y ventas, luego me pondré en contacto contigo para ver si coincidimos. Sé que tu empresa tiene dos socios más.

—Darlene y Mitch, ambos están en otras ciudades ahorita, así que me he tenido que encargar yo de hacer ajustes. Pero si los necesitas conmigo para charlar, pues podemos organizarlo vía Skype o reunirnos en una ciudad que nos resulte céntrica para todos.

—Un Skype estaría bien. Entonces, ¿te interesa que invirtamos con Casa Valliard, Caine? —preguntó extendiéndole unos informes económicos sobre cómo la empresa que él manejaba, Aussie Up-Lit, había ido creciendo en el mercado a lo largo de la historia. No solo la cantidad de tiendas, sino sus principales socios y la

cantidad de personas a las que daba empleo.

Caine estaba impresionado por los números. Sin duda invertir con ellos sería una gran apuesta y un modo de expandir su campo de cobertura. Un nicho no muy distinto al de la ropa. Si te veías bien con tu cuerpo, pues era lógico que el rostro fuera igual de importante. Así que era una combinación más que ideal.

La reunión fue un éxito, y Caine se sintió satisfecho. Volverían a quedar pronto para que sus socios pudieran aportar en la estrategia de negocios y decidir, finalmente, los términos bajo los cuales podrían asociarse. Porque él consideraba más que inminente la inclusión de temas cosméticos para ampliar la brecha de consumo en sus clientes.

Una hora más tarde, ambos empresarios salieron del complejo. Ninguno de ellos reparó en la presencia de Francesco Milliburne. El hombre estaba esperando a un colega periodista que tenía muchísimo dinero. Con ese amigo habían reportado en los primeros años de profesión. Hasta que Fredrick Multon tocó la puerta adecuada y le llovió el dinero, y a él en cambio le tocó encontrar una vía alterna para sobrevivir. No periodismo serio, sino amarillista. Pero, ¿qué era serio después de todo?

—¡Milliburne! —dijo el hombre de pelo castaño y ojos negros—. Gracias por venir. Me alegro mucho de verte después de tantos años.

Francesco sonrió. Estrecharon manos.

—A unos nos va mejor que a otros —replicó. No era chiste, pero Fredrick así lo pensó y se echó a reír—. Me dio gusto recibir tu llamada. Siempre es bueno contactarse con antiguos amigos.

—No lo dudes. Pero además quería saber si puedes conseguirme una entrevista. Un gran amigo va a lanzarse para Senador. Y como tu periódico es amarillista y vende mucho, quizá pudieras hacer una nota interesante, pero no escandalosa, que le de visibilidad. Tú entiendes, Francesco.

«Claro, no existen buenos amigos. Solo interesados», recordó Milliburne con cinismo. Por eso él no tenía amigos. Porque, simplemente, no existían.

—Por supuesto. ¿Para qué están los amigos, si no? —dijo con tono sarcástico disfrazado de sinceridad.

Fredrick sonrió. Y eso le sirvió a Francesco para saber que el favor que iba a hacerle en un futuro podría ser retribuido. Así funcionaba el mundo. ¿A quién quería engañar intentando pensar lo contrario?

—¿Un whisky? —preguntó el recién llegado mirando al bar-tender.

—Doble, para mí —dijo Francesco al empleado del bar.

Empezaron a actualizarse. Y cuando llegó la hora de despedirse, Francesco creyó interesante hacer una pregunta que estaba rondándole la cabeza.

—Sácame de un duda, colega.

—Seguro, tú dirás.

—Hace un instante me pareció ver a Jean-Michelle Arnaud salir de aquí.

Fredrick se rascó la cabeza. Hizo memoria.

—¡Claro! Sí, sí, es habitual en el club.

—¿No está casado con...?

—Rubinnia Fedorova. Claro. Una persona estupenda. ¿La conoces?

—No, solo no recordaba su nombre —mintió—. Ya sabes que no trabajo en el área de espectáculos —dijo.

Cuando acabó la velada, Francesco ya sabía cómo iba a fastidiarle la existencia a Caine Valliard. Luego de pagar la cuenta, porque orgullo tenía y no iba a permitirle a Fredrick pagarle nada, intercambió unas palabras con un mesero que llevaba años en el club. Después, con una emoción parecida a la que solía tener cuando lograba una primicia, salió silbando del Club Arrecife.

Ashley contempló el álbum fotográfico que conservaba de cuando era pequeña. Lo había logrado rescatar de una pila de cajas que su madre quiso echar a la basura. Lastimosamente faltaban muchas fotos. Sin embargo, las más importantes, o al menos representativas, para ella constaban. Las de sus cumpleaños. Y una que adoraba, Camille, Tim y ella, sentados en el porche comiendo helados.

Sacó la foto y buscó un portarretrato que pudiera ser usado. Luego dejó la fotografía en el escritorio de su estudio en donde a veces solía dibujar. Hacía mucho que había dejado ese pasatiempo, pero quizá fuese una buena oportunidad para retomarlo en las vacaciones.

Cada día que pasaba lejos de la oficina se daba cuenta el tiempo perdido en hacer lo que quizá verdaderamente disfrutaba: dibujar y viajar. Aún tenía pendiente el viaje a la Riviera Francesa con Caine.

Se sentía muy feliz por haber solucionado finalmente los inconvenientes que tenía en el matrimonio. Y más que felicidad, alivio, porque él la había apoyado y comprendido. Quizá debería tener un poco más de fe en el hombre con quien se había casado. No eran justo los momentos de incertidumbre que le hizo pasar por temor a sentir su rechazo.

Carry iría ese día a casa. Su amiga estaba pletórica porque su nueva colección de lencería, que ella se encargaba de diseñar, iba a ser presentada por una reconocida marca norteamericana que pretendía abrir tiendas en las principales ciudades de Australia. No en vano una de sus modelos embajadoras era australiana.

Ashley le pidió a Misty que prepara algo ligero para tomarlo junto a la piscina.

Alrededor de las tres de la tarde llegó Carry. Tan alegre y dicharachera como siempre. Al parecer Guy se estaba portando como un sol y su amiga estaba realmente enamorada.

Se bañaron en la piscina y comieron. Luego se pusieron a ver una película por televisión pagada, hasta que a Ashley le entró sueño. Esa mañana habían llegado algunas revistas a la casa, así que cuando acabó el filme, Carry se puso a curiosear.

—Oye, estas actrices no creo que se sientan del todo bien besando y fingiendo tener sexo en medio de un set lleno de extraños —dijo de pronto.

Ashley rio, y dejó a un lado el bowl con palomitas de maíz. Se estiró y le quitó la revista a su amiga.

—¡Hey! —protestó Carry.

—¿A cuál de estas actrices te refieres?

—A la rusa, ¿cuál otra?

—Mmm... ¿Fedorova?

—Esa misma. Es inmoral tener un cuerpo tan fantástico. ¿Cómo lo conseguirá?

—A punta de ejercicios.

—No con las galletas de mantequilla, imagino —dijo riéndose. Luego se llevó un vaso con Coca-Cola a los labios.

Era impresionante, pensó, Ashley, Carry podía comer todo lo que se le viniera en gana y jamás engordaba. En cambio ella tenía que hacer ejercicios todos los días si no quería perder la línea. Y más que por vanidad y salud, era por la imagen en su trabajo. Vender casas bonitas y lucir desmejorada no ayudaba. Ni ella se sentía bien.

—Ella se me hace conocida.

—¿Cómo así?

—No lo sé... Creo que es amiga de Caine.

Carry dejó a un lado el vaso ya vacío de gaseosa.

—¿Ah, sí? Pues yo de ti me pondría celosa.

Ashley rio.

—Confío en él. —Dejó la revista a un lado, recogió las piernas sobre el sofá y miró a su amiga—. Hablamos de Tim. —Carry murmuró «guau». Fue tan liberador. Cometí un gran error guardándome todos estos años ese dolor. Y estuve a punto de mandar al diablo mi matrimonio por mi necesidad.

—No era necesidad, sino miedo. Además, tus padres te habían defraudado tanto que no podías hacer otra cosa si no desconfiar. Creo que tu esposo no es tan cretino como me parecía.

—Eres incorregible.

—¿Ya usaste esa lencería bonita que te probaste en mi tienda?

Ashley sonrió.

—Quizá sea tiempo de ponerla más en práctica. Además... es la ocasión perfecta para afrontar otro temor con entereza.

—¿Qué harás?

—Le diré a Caine que estoy deseando ser mamá.

Carry abrió y cerró la boca. Luego se inclinó para abrazar a su amiga.

—¿Lo estás? ¿De verdad?

Ashley asintió sonriente.

—Sí. Totalmente. De hecho ya he dejado de tomar la píldora, pero no se lo he dicho. Quizá y lo sorprendo uno de estos días.

—¡No sabes cuánto me alegro! Seré tía entonces. No olvides que tienes la línea de lencería de mi boutique a tu disposición.

—Habrá que darle buen uso —replicó Ashley riéndose.

CAPÍTULO 8

A Caine le gustaba ver a su esposa sonriente y ligera, como si se hubiese liberado por completo de una carga pesada. Y estaba seguro de que así había sido.

Él por su parte había contactado a un investigador privado. No tenía pistas sobre el hermano desaparecido de Ashley, salvo por los detalles que ella le había contado y una fotografía que le mostró días atrás.

No quería hablar con ella sobre la investigación, pues si no lograba resultados sería ilusionarla sin motivo, sería cruel. Ashley ya había sufrido bastante por ese episodio de su infancia. Su interés era ver la factibilidad de que Tim estuviera con vida y en Australia. Encontrarlo. Si no había suerte, al menos Ashley no tendría que pasar por una experiencia de desesperanza.

Tomó la chaqueta y apagó la luz de su despacho.

Los empleados aún continuaban en la oficina.

Él no era partidario de hacer horas extras, pues no daba cuenta de la eficiencia, sino de la falta de diligencia en resolver durante las ocho horas laborales todo lo que estaba en la agenda diaria. En todo caso, no podía exigir perfección ni apurar los procesos en personas que no eran capaces de ser más diligentes. No podía despedirlos por ese motivo, pues al final, en equipo, Casa Valliard era una de las mejores empresas para trabajar en el panorama corporativo.

Subió al automóvil y tomó rumbo al Club Arrecife. Tenía una cita con Jean-Michelle para ultimar detalles. Darlene no podía asistir pues ya estaba viviendo en Melbourne, y Mitch estaba celebrando el cumpleaños de su suegra. Así que le tocaba ir a él. Le había dicho a Ashley que llegaría tarde a casa.

El camarero lo llevó hasta su mesa.

Aún no llegaba su colega. Dos días atrás habían puesto en marcha las primeras conversaciones para iniciar el estudio de mercado sobre las tiendas de Casa Valliard que tenían mejores perspectivas para acoger las dos marcas de productos de maquillaje cosmético de mayor venta que manejaba Arnaud. Tanto Darlene como Mitch estaban entusiasmados.

Pidió un whisky. Se relajó.

Ash le había dicho que deseaba ser madre una semana atrás. Él no podía contener su alegría. Cada noche era más especial porque intentaban crear una vida, además de compartir el placer de tocarse y sentir. Una vida maravillosa con detalles de uno y otro. El no podía esperar a que Ash le comunicara que estaba embarazada. Lo deseaba con todas sus fuerzas.

No solo era placentero tener una mujer tan fantástica como Ashley en la cama, sino despertar todas las mañanas a su lado. Abrazarla, reír con ella, compartir conversaciones largas y profundas.

—¿Caine?

La voz a su espalda interrumpió sus pensamientos. Se giró. Frunció el ceño. Vaya, qué coincidencia, se dijo. Como caballero que era se puso de pie.

—Qué sorpresa, Rubinnia. Me da gusto verte —dijo—. Tengo una cena con un cliente, pero si no tienes a nadie esperándote todavía, podemos charlar, sin duda. —Le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento.

Ella rio.

—Bueno, y ya tenemos una cena, ¿lo recuerdas?

—No sé a qué te refieres —respondió sentándose cuando ella lo hizo—. Me dejaste totalmente confundido.

—Caine, me casé hace un año con Jean-Michelle —explicó con aprecio. Hacía mucho tiempo no veía a su buen amigo. Le dio gusto cuando su esposo le comentó que iba a hacer negocios con Casa Valliard. Y esperaba ponerse al día. Desde el infame episodio que causó su ruptura con su anterior prometido por culpa de un periodista inescrupuloso, no había vuelto a ver a Caine. Solo sabía que estaba casado con una belleza pelirroja—. Así que me dijo que quería que te conociera. Cuando le conté que somos amigos desde hace muchos años, prácticamente me obligó a venir —dijo con una risa—. Le has causado una gran impresión. Está contento de haber cerrado el negocio contigo y no con otra empresa.

Él abrió de par en par los ojos. Se echó a reír.

—Me alegro por ti, Rubinnia —repuso. Él y Rubinnia eran amigos, porque sus padres habían asistido juntos a la universidad. Se conocieron durante una fiesta de cumpleaños del padre de ella, y desde entonces solían verse de modo regular, aunque no eran íntimos amigos, sí se llevaban muy bien. «Un mundo pequeño.»—. Entonces ahora eres Arnaud.

Ella negó sin perder la sonrisa en su expresión. Puso la mano sobre la de Caine, apretándosela con amabilidad.

—A nivel público sigo siendo Fedorova, en privado y temas personales sí, soy una Arnaud. Pero indistintamente de eso, Caine Valliard, tienes que verme más seguido. Nunca me presentaste a tu esposa. Aunque siempre has sido un casanova, creo que es más que justo que, dado que el destino nos ha puesto en el mismo barco de nuevo, me presentes a la mujer que sacó a uno de los solteros más codiciados del mercado. —Caine soltó una carcajada. El camarero se acercó para tomarles la orden, pero ambos pidieron esperar—. Jean-Michelle se encontró con un amigo suyo a la entrada, ya mismo debe venir a la mesa.

—Fantástico, entonces, cuéntame. ¿Cómo te tratan las cadenas de televisión australianas? ¿Algún proyecto en curso?

Segundos después apareció Jean-Michelle. La velada fue fabulosamente. Conversaron de todo un poco, y negocios, por supuesto. La imagen de la nueva campaña iba a ser Rubinnia. La idea le encantó a Caine, pues su amiga tenía una excelente reputación e imagen en el mundo del espectáculo.

Se despidieron alrededor de las once de la noche.

Caine condujo a casa y al abrir la puerta principal se encontró con la casa a oscuras. Había varias velas encendidas en hilera que subían por la escalera. Sonrió.

Dejó la chaqueta sobre el sofá que le quedaba de camino, y subió de dos en dos los escalones. Siguió el rastro de las velas. La puerta de la habitación estaba cerrada. Entró sin llamar y se quedó en blanco.

—Hola... has tardado en llegar —dijo Ashley con una sonrisa seductora, incorporándose. Había colocado en el centro de la habitación una silla dorada. Parecía nueva. Al menos él no recordaba haberla visto en casa.

—Debí venir a casa corriendo —expresó con la voz ronca. Se aclaró—. Creo que voy a tener que agradecerle a Carry por tener esa tienda de lencería.

Ella rio.

Llevaba un babydoll de seda negra. Completamente transparente. Podía ver los pechos generosos, respingones, y los pezones erectos a través de la tela. Justo en el vértice que separaba los pechos había dos pequeñas cintas que invitaban a desatarlas para apreciar sin barreras la piel nivea y suave que él deseaba.

La luz, que en conjunto irradiaban las velas, creaba un espectro sugerente alrededor de Ashley. Erótico. Como si fuera una tortura adicional, ella llevaba un tanga negro con encaje delicado completamente oscuro. Invitándolo a descubrir su cálido pasaje. A seducirlo.

Él se acercó, hipnotizado.

—Ashley... —murmuró. Estiró las manos para acariciarle el cabello—. Eres el sueño de cualquier hombre que tenga sangre caliente en las venas. Aunque estoy seguro de que harías excitar a un eunuco.

—Yo solo quiero excitar a un hombre en particular —replicó palpando los duros pectorales de Caine con las palmas. Luego descendió y acarició los abdominales definidos y que tantas veces había recorrido con su cuerpo, con la lengua y labios—. ¿Te interesa la oferta? —preguntó desabrochándole la camisa.

De repente la habitación pareció contraerse. El aire era oscuro, atrapante, como si fuese un embrujo lanzado con premeditación.

—Mucho —replicó desatándole los dos lazos que llevaba el babydoll en la costura de entre los pechos. La prenda se deslizó hacia los lados, y él se llenó las manos con esos senos hermosos. Frotó los pezones con los pulgares y le gustó el gemido que salió de la garganta de Ashley. Ella hizo lo propio con sus manos, deslizándolas sobre su piel desnuda, palpándolo, tal como él hacía con su cuerpo curvilíneo—. ¿Para qué es esa silla? —preguntó.

—Lo sabrás a su tiempo —dijo antes de dejar caer la tela que cubría sus senos y torso, al suelo, quedándose en tanga—. Ahora, quítate esa molesta camisa.— Él emitió una risa ronca y la complació.

Sin poder soportarlo más, Caine tomó a Ashley de la nuca, acercándola a su boca para poder besarla. La invitó a responder a su asalto y ella, lo hizo sin dudar. Sus torsos estaban pegados, y Ashley sentía la erótica fricción de los vellos de Caine. Era un movimiento que generaba una sensación áspera, pero deliciosa.

Un vendaval de calor hizo presa de sus extremidades aumentando la sensación de placidez y el ávido deseo de seducir a Caine. La piel se le erizó, sus pezones estaban tan duros que dolían y su sexo húmedo y hinchido a la espera de recibir las caricias del miembro de Caine.

En el beso había ternura y lujuria. Una mezcla arrolladora. Ashley suspiró dentro de la boca de su esposo, el placer se extendía por cada célula de su cuerpo llegando al vértice donde confluían sus muslos. El tibio calor que sintió en su sexo la hizo arquearse contra Caine. Él irrumpió el beso para recorrerle las mejillas con sus labios, mordisquearle el cuello, lamer su oreja delicada y suave. Ella se apretó más contra la dura erección.

—Si te sigues moviendo así voy a terminar antes siquiera de haber entrado en tu cuerpo, Ash —dijo tomándole las nalgas con las manos. Necesitaba su piel, no la maldita tela de seda. Con un movimiento rápido las arrancó. Ella jadeó—. No me gusta que la ropa se interponga en el placer de tocarte.

—Supongo que tendrás que regalarme otro conjunto...

—Siempre y cuando lo tengas puesto el menor tiempo posible —repuso riéndose, antes de tomarla en brazos y llevarla hasta la cama. Ella se incorporó para darle un profundo beso.

—No, señor. Esta noche yo estoy al mando —dijo escabulléndose de Caine. Le señaló la silla con la mano—. Siéntate.

—Estás mandona —contestó con una sonrisa diabólica. Sus testículos estaban tensos y su pene se agitaba ante la necesidad de perderse en el interior de Ashley. Era una mujer muy tentadora—. Me gusta ver tus vellos rojizos —dijo mirándole el vértice entre las piernas—. Quiero lamerte y probarte.

—Si no te sientas no vas a conseguir nada de mí —expresó, decidida y tratando de controlar las ganas de acercarse para permitirle que le quitara el ferviente anhelo de llegar al clímax. Esa noche era especial. Y quería hacérselo saber de un modo que él no olvidase nunca.

—Solo tienes cinco minutos para estar al mando, Ash... —dijo con tono ronco. Su esposa estaba preciosa. Sin ropa. Ella no necesitaba ningún aliciente adicional en él para excitarlo. Sus pechos maravillosos se movían al compás del caminar y aquellos pezones deliciosos parecían atraerlo como abejas a la miel. Pero lo que más deseaba era degustar su esencia, percibir su enloquecedor aroma y escucharla gritar su nombre cuando la tomara con la boca.

—De acuerdo —repuso cuando lo vio sentarse. El pene de Caine estaba erecto y ella sonrió maliciosamente—. Ahora, abre las piernas —exigió. Él enarcó una ceja y lo hizo—. Coloca las manos detrás del respaldar de la silla.

—Ash...

—Hazlo, Caine... por favor.

Él soltó una carcajada ahogada.

—¿Qué pretendes hacer?

—Darte placer, ¿qué si no? —dijo antes de ir hasta el armario de la habitación y sacar una corbata de Caine.

Él no protestó cuando Ashley le envolvió las manos, atándose las con suavidad, pero también con precisión.

—Ash...

—Cuando sientas que no puedes más, me lo dirás y yo te soltaré.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil —dijo desde atrás, antes de inclinarse para besar el cuello de Caine. Sintió de inmediato cómo la piel se le erizó. Mientras besaba el cuello, los hombros y la espalda en la medida que la silla de lo permitía, cuidaba mucho de dejar que sus pechos oscilaran de un lado a otro sobre las manos atadas de Caine.

—Ash...

—Solo disfruta...

—Quiero tocarte.

—Aún no, mi amor. —Enderezó la espalda y caminó lentamente hasta quedar frente a él—. Me encanta tu cuerpo. Cada pedacito de ti.

—Yo quiero probar el tuyo.

Ashley se sentía poderosa. Sonrió.

—Lo sé —replicó antes de ponerse de rodillas. Caine abrió de par en par los ojos cuando la lengua rosada de Ashley humedeció esos labios llenos y tentadores.

—Eres una brujita.

—Eso también lo sé. Ahora, ¿nos puedes hacer un favor? —preguntó mientras recorría con las uñas los muslos poderosos de Caine. Lo sintió temblar. Le encantaba saber el efecto que causaba en él.

—Estoy atado, ¿qué puedo hacer?

En realidad podía soltarse si quisiera, porque los nudos eran suaves, sin embargo, Ashley sabía que él esperaría a que ella lo desatara. Él sabía mantener el control y también perderlo.

—Disfrutar, sin duda. —Ni bien terminó de hablar se inclinó y tomó el miembro de Caine con la boca. Lo escuchó jadear. Lo observó echar la cabeza hacia atrás, mientras ella lo rodeaba con la lengua en la sensible punta roma. Sus manos recorrieron las piernas fuertes, mientras obraba magia con la boca. Lo sentía duro, cálido y palpitante. Sus dedos vagaron por las caderas, arañaron los abdominales, y su lengua no dejaba de lamer, ni sus labios de succionar.

—Me vas a matar, Ash...

Esas palabras solo consiguieron envalentonarla. Ella estaba tan húmeda y excitada que no veía la hora en que Caine la poseyera. Pero quería disfrutarlo. Con una mano lo tomó por entero y lo masturbó en un ritmo que variaba de rápido a lento, y viceversa, exactamente como él le había enseñado que le gustaba.

Con la otra mano apretó ligeramente los testículos, al tiempo que su boca lo chupaba y la lengua recorría de arriba abajo su longitud, alternando las caricias con la mano. Caine sabía a hombre y pecado.

Mientras sentía las caricias de Ashley, Caine la observaba. Cada minúscula partícula de su cuerpo estaba en tensión. Necesitaba desatarse y penetrar los secretos que tanto disfrutaba recorrer. Quería torturarla con la boca como estaba haciendo con él, lo tenía a su merced. Cuando ella tomaba la iniciativa realmente lo hacía, y, ¡vaya forma!

—Si no quieres que desfogue en tu boca... —murmuró apretando los dientes. Respiraban con dificultad. Y ella emitía gruñidos de aprobación cada vez que él elevaba las caderas para que lo tomara más y más profundamente.

—Quiero —repuso antes de chuparlo con fuerza y sentir cómo los espasmos de Caine vibraban contra su boca. Lo tomó por entero, cada gota de su esencia, hasta que lo sintió relajado entre sus labios. Luego se apartó. Al contemplarlo con los ojos cerrados, disfrutando del dulce descenso, ella lo desató. Después se sentó a horcajadas y lo abrazó—. Caine... —susurró besándolo suavemente. Transmitiéndole su propia esencia mezclada con el sabor de sus labios. Él respondió al beso con languidez y ternura.

Él suspiró y abrió los ojos despacio. Sonrió.

—Me matas —confesó. Luego, sin darle tiempo a nada más, la tomó en brazos y caminó con ella hasta la cama. La dejó en el centro antes de cernirse sobre su cuerpo ardiente y la besó con desesperación—. Me encantas y te adoro —le dijo antes de recorrerla con las manos, palpando cada curva y besando cada recodo. Su miembro se recuperó con rapidez. Ella lo sintió duro contra su cadera—. Y necesito estar en ti —dijo antes de sumergirse con intensidad en el interior de Ashley.

Establecieron un ritmo cómodo, impetuoso, apasionado. Ella lo rodeó con las piernas para que la penetrase más profundamente, y él enlazó sus dedos con los de Ashley llevándolos encima de la cabeza de rojizos cabellos, mientras se movía entrando y saliendo del cálido pasaje.

Mientras embestia con ímpetu, la besaba. La devoraba con los labios, recorría sus mejillas arreboladas, el cuello sensible, los pechos agitados. Los jadeos y gemidos eran la música del escenario donde el protagonista era el amor y el deseo.

—Caine voy a correrme... más... más fuerte...

Él lo hizo. Y cuando sintió que las paredes íntimas de Ashley se empezaban a contraer contra su sexo, se inclinó y mordió un pezón, lo succionó, y ella finalmente voló entre sus brazos.

Agotado, saciado y feliz, Caine se desplomó a su lado. Respirando en su cuello. Aspirando el aroma a duraznos que era la esencia de Ashley. Estuvieron quietos un rato. Y cuando él se sintió con energía suficiente, la atrajo a su lado y la abrazó con fuerza.

Ashley despertó sola en la cama. Buscó el calor de Caine, no lo encontró. Supuso que esta vez la había dejado dormir un poco más, en lugar de avisarle que era hora de bajar a hacer ejercicios. Sonrió. La noche anterior había sido perfecta. Solamente que a ella se le había olvidado comunicarle un pequeño detalle.

Suspiró. Fue hasta el baño. Se dio una ducha rápida y luego bajó a desayunar. Para su sorpresa Caine todavía estaba en casa. La recibió con un guiño. Y cuando Misty desapareció por la puerta que llevaba a la cocina, Caine se acercó, la tomó en brazos y le dio un largo beso. Un beso que los dejó mareados a ambos.

—Vaya, es bueno dormir un poco más si me van a saludar de este modo —dijo Ashley sentándose para desayunar—. Son las nueve, ¿no deberías estar ya rumbo a la oficina?

—Hoy decidí hacer una hora más de ejercicios —repuso sonriéndole.

—¿Oh?

—De ese modo reprimía las ganas de tomarte nuevamente esta mañana, y creo que después de dormirmos casi a las cuatro de la madrugada, merecías dormir.

Ella se rio.

—Eres insaciable.

—Contigo, siempre —contestó mientras le daba un mordisco a una tartaleta de frutos rojos. Después se bebió lo que le quedaba del café y se puso de pie—. Me tengo que ir. Hoy es un día lleno de reuniones.

—Apenas has leído el periódico como cada mañana.

—Ya lo haré al llegar a la oficina, amor.

—Hoy quiero hablar contigo. Hay algo importante que debo contarte.

—¿Me sorprenderás como ayer? —preguntó con voz gutural y mirándola de arriba abajo.

Ella se sonrojó. No podía evitarlo.

—Quizá. Quizá no —dijo. Se echó a reír cuando Caine se acercó y la besó, mientras le acariciaba las mejillas.

—Me voy antes de que Misty nos encuentre teniendo sexo sobre la mesa del desayuno. —Luego se marchó para atender el día infernal que tenía por delante.

CAPÍTULO 9

A las once de la mañana finalmente tuvo un respiro. Caine acababa de firmar un documento para incrementar el cinco por ciento al bono que entregarían por Navidad a todos los empleados ese año.

Se relajó contra el respaldo del asiento. La siguiente reunión era con el equipo de tecnología. Necesitaban mejorar la plataforma web para agilizar los pedidos por internet en Asia.

—Rannia —llamó por el interfono a su asistente que finalmente estaba ya de regreso—, necesito que me traigas los informes del tráfico digital que nos enviaron los jefes del departamento de tecnología.

—Ahora mismo se los llevo... eh, señor Valliard, ¿todo en orden?

Él frunció el ceño.

—Sí, ¿por qué?

—Voy a su oficina —replicó.

Segundos después la resuelta asistente entró con el rostro preocupado. Llevaba los periódicos en una mano, y los informes que su jefe le había pedido, en la otra. Le gustaba que Caine estuviese de tan buen humor. Pero no entendía el motivo cuando no existían razones. Sheyla estaba intentando minar la crisis y le había pedido que hablara con Caine, pero cuando ella le dijo a Sheyla que su jefe estaba de buen humor, esta le indicó que le llevara los periódicos hasta que ella pudiese subir para comentarle con detalles la estrategia que estaba trabajando.

—Señor Valliard, ¿ha leído ya los periódicos?

Ella le dejó los informes sobre el escritorio.

—No he tenido tiempo de respirar, lo sabes. Déjamelos aquí que los leeré hasta que tenga la siguiente reunión. Gracias. Es todo.

Rannia no se movió.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caine levantando la vista de los informes que tenía ante él.

—Creo que debería leer los periódicos... bueno, uno en particular.

Caine soltó el aire. A veces Rannia se podía melodramática. Pero eran tan raras las ocasiones que generalmente sucedía cuando estaba embarazada. No iba a preguntarle semejante tontería, así que optó por otra estrategia.

—¿Necesitas un aumento de sueldo?

—Me lo acabó de subir hace tres meses...

—Es verdad, ¿entonces qué es lo que quieres?

—Sheyla me dijo que usted debería leer el *Sidney Today*, pero bajo ninguna circunstancia hacer nada hasta que ella suba dentro de media hora.

Él rebuscó entre los ejemplares de diversos medios y sacó el diario indicado. En primera plana. Un titular en absoluto halagüeño. Sintió ganas de romper algo. «Maldito Milliburne. ¿Cómo diablos había podido conseguir una fotografía en el club?»

El titular decía:

¿Ha resurgido el amor entre el playboy y la actriz?

Y claro, el subtítulo no podía ser menos escandaloso, antes de empezar una nota llena de mentiras recordando el cotilleo de años atrás.

¡Valliard y Fedorova amantes de nuevo!

Firmaba Franchesco Milliburne.

La fotografía principal era la captura del momento en que Rubinnia había puesto una mano sobre Caine durante la cena en el Club Arrecife. Él recordaba claramente que en ese momento ella le había dicho que usaba su nombre de casada para efectos personales, mas no en público. Jamás se fijó en su alrededor. ¿Lo habría estado siguiendo el imbécil del periodista?

Sintió un frío gélido recorriéndole la espalda. *Ashley*. Oh, Dios, no. Ella estaba en la casa con los periódicos a la mano. Los leía después de que él se iba al trabajo, y ella se quedaba un tiempo más antes de partir hacia su oficina de bienes raíces. Y ahora que estaba de vacaciones habría tenido tiempo más que suficiente para leerse el maldito periódico de cabo a rabo.

Se puso de pie listo para ir a partirle la cara a Milliburne. Antes necesitaba llamar a Ashley al móvil. Insistió varias veces. No respondía. ¡Demonios!

—Lamento no haber venido ni llamado con más antelación, quise intervenir antes de que se hiciera más grande el asunto —dijo Sheyla al abrir la puerta de la oficina de Caine justo cuando él estaba a medio andar en la estancia—. Jean-Michelle ha llamado para decir que piensa demandar a Milliburne por difamación. —Caine respiró profundamente. Ni siquiera se había puesto a pensar en su nuevo socio de negocios—. Me dijo que no te preocupes por nada, porque él recuerda muy bien ese día y sabe que aunque la foto está retocada con el fondo, tiene la certeza de qué sitio es y de qué ocasión.

Él negó con la cabeza.

—Alguien tuvo que avisarle.

—Jean-Michelle se encargó de todo. Fue un camarero. Ya fue despedido. Confesó que fue sobornado con mil dólares si le avisaba de algo jugoso con respecto a ti.

—Así que...

—Sí, cuando se enteró de que estabas en la mesa con Rubinnia, llamó a Milliburne. Y bueno... no sabemos más detalles salvo lo que importa. El culpable fue despedido, y Jean-Michelle se encargará de demandar a Milliburne y su periodicucho. Pedirá que se haga una rectificación.

—¿Y qué ha pasado con el rey de Bhuran? Asumo que querrá más pronto que tarde una explicación. Después de todo ahora trabajamos con él. La imagen familiar para él es muy importante. —Se pasó los dedos por el cabello. Despeinándose.

—Lo hemos llamado. Me dijo que dado que sabe que estás enamorado de tu esposa, entiende que haya gente maliciosa.

Eso le brindó un gran alivio a Caine, aunque no el más importante y que tenía que ver con Ashley.

—Y es precisamente ella la que más me preocupa ahora.

—Lo siento, Caine. Ya en temas de relaciones públicas lo podemos manejar, pero a nivel personal...

—Ese es mi campo. Gracias, Sheyla. —Salió de la oficina y miró a Rannia—. Posterga todas mis reuniones. Me voy a casa ahora mismo.

—Lo siento, señor.

—No tienes motivos para sentir. Gracias por tu interés. Hasta mañana.

Ashley contempló la foto del periódico con rabia. ¿Cómo era posible que alguien publicara algo de ese calibre sin pensar en el daño que hacía? Misty la miraba con pesar. Pero no tenía tiempo de darle explicaciones a su ama de llaves. Iba a tomar acciones. No permitiría semejante afrenta pública.

—Misty, voy a salir.

—Señora, por favor, no se vaya así. No debió leer ese periódico. Es amarillista, ¿sabe? O sea puras mentiras y maldades. Además, usted está enfadada y...

—No estoy enfadada, estoy furiosa —interrumpió lanzando el periódico sobre el sofá con brío—. No sé a qué hora regrese. Dile a Caine que no se preocupe. —Dicho eso subió las escaleras, se cambió de ropa y luego salió de la casa dando un portazo.

Caine tuvo que soportar las miradas soslayadas de Misty, hasta que se acabó su jornada y se fue de la casa, no sin antes murmurar algo sobre los hombres idiotas. Él simplemente se rio. ¿De qué otra le quedaba?

En esta ocasión sí que llamó a la molesta de Carry, la mejor amiga de su mujer. Esta le cantó el abecedario, y cuando él le explicó la situación, le creyó. Algo bastante fuera de lo común, pues Carry era extremadamente protectora con Ashley.

—Entonces, ¿eres inocente y ese Milliburne va a ser enjuiciado?

—Muy probablemente. Entonces, ¿dónde está mi esposa?

—Lo siento, Caine. Solo estaba probándote cuando dije que lo sabía. En realidad no tengo idea. Ni siquiera me ha llamado. Y en una circunstancia como esta es muy extraño.

—Diablos... gracias, Carry.

—Cuidala... Adiós.

—Lo haré. —Colgó.

Había revisado la casa en búsqueda de objetos personales de Ashley que faltaran. Maletas de viaje. Nada. Todo estaba intacto. ¿Y si lo había abandonado sin llevarse nada más que sus documentos? Dios.

Se sentó en la escalera. Dejó descansar las manos sobre las rodillas y agachó la cabeza. La sensación de desasosiego era abrumadora. El silencio de la casa, opresivo. Podía irse a todos los centros comerciales de Sidney a buscarla. De hecho, llamó al aeropuerto para saber si su esposa estaba registrada en algún vuelo. Nada. Su consuelo era que al menos estaba en la ciudad, pero, ¿dónde?

Debía de odiarlo. Y con justa razón porque la fotografía era muy nítida y el gesto de Rubinnia parecía el de una amante, al menos para alguien que ignorara que

su amiga estaba locamente enamorada de su esposo franco-australiano.

Cerca de las seis y media de la tarde la puerta de la casa de abrió y apareció su esposa. Caine se puso de pie como un resorte y sin pensar en lo que hacía corrió hacia ella y la abrazó.

—Ashley, Ashley... escúchame, cariño —rogó sin permitirle zafarse de su abrazo firme—. Lo siento. Siento que hayas visto esa foto, pero no es...

Ella finalmente lo empujó con todas sus fuerzas.

—Caine, no me dejas respirar —dijo jadeante. Él tenía la mirada torturada y metió las manos en los bolsillos para no tocarla—. ¿Qué ocurre?

—Sé que estás enfadada conmigo, pero no me dejes. No vuelvas a irte de esa manera. Gritame, enfádate lo que quieras, pero no te vayas otra vez de esa forma. Estaba muerto de miedo de que te hubiese podido ocurrir algo, y de que hubieses renunciado a la idea de quedarte conmigo.

—Vaya... y yo que pensé que la hormonal era yo —replicó sorprendida.

—¿Qué?

Ella negó.

—Caine, ¿por qué crees que estoy enfadada contigo o que me podría haber ido de la casa sin ti?

—Por el artículo del malnacido periodista aquel.

—No estoy enfadada contigo, mi amor —repuso acariciándole las mejillas con ambas manos, pequeñas y suaves. Él se permitió sacar las manos de los bolsillos y ponerlas sobre las de ella—. Estoy enfadada con ese periodista de pacotilla. Pero ya no hay nada de qué preocuparse. Estuve estas horas arreglándolo.

—¿Qué? —Él frunció el ceño. No entendía nada.

Ella se apartó, lo tomó de la mano y subió con él las escaleras hasta la habitación principal. Cerró la puerta detrás

—Siéntate, por favor. —Él, atontado como estaba por la extraña reacción de Ashley, obedeció—. Estuve en la redacción de Sidney Today.

—Pero...

—Déjame contarte. El editor de ese diario tiene algunos trapos sucios. El nombre me sonaba conocido, así que llamé a Doug a la oficina. Había comprado un departamento en la ciudad un año atrás. Bastante caro. No era para su esposa.

—¿El editor... en serio? —preguntó riéndose.

—Entonces puesto que había publicado una información que me perjudica públicamente, y a ti en tus negocios, le dije que si no quería que su esposa se enterara de lo que su querido esposo hacía mientras ella creía que trabajaba diligentemente, más le valía escribir mañana una disculpa pública y sacar a Millburne de su plantilla. Eso si además no quería una demanda por daños morales.

Caine no podía creer lo que escuchaba.

—¿Entonces, no creíste que te hubiese engañado? ¿No fue por eso que te enfadaste?

—¡Claro que no! —Él se incorporó y avanzó hasta ella y tomó las manos entre las suyas—. Te dije que confiaba en ti. ¿Verdad, Caine?

—Sí...

—¿Por qué dudaste de que mi amor esta vez?

—Porque soy un tonto... porque me asusté.

—¿Sabes? —preguntó abrazándose a la cintura de Caine—. No siempre los caballeros tienen que rescatarnos. Las mujeres nos sabemos manejar muy bien. Y cuando nos tocan un punto sensible como el hombre que amamos también podemos ser fieras y bastante taimadas si es necesario.

Él rio. Dios, qué mujercita la suya. El alivio que lo recorrió lo hizo temblar. Era cierto, había dudado del amor y la confianza de Ashley, tal como ella lo hizo al ocultarle el asunto de Tim.

A pesar de sus esfuerzos, Caine lamentaba el informe de la agencia de detectives. No existían rastros de Tim. Él no pensaba poner a Ashley en la disyuntiva emocional de vivir su presente o continuar entristecida por el pasado. A veces era mejor cerrar capítulos y empezar una nueva vida, aunque no fuera nada fácil. Quizá más adelante podría retomar la investigación. Por ahora, él pensaba dejárselo todo el destino y llenaría a Ashley de amor para sanar juntos sus heridas.

—Eres única.

—Y tú tienes una sorpresa esperándote dentro de casi nueve meses.

Él se apartó. La miró boquiabierto.

—¿Ash?

Ella sonrió de oreja a oreja.

—Tengo dos semanas, Caine. ¡Vamos a ser padres!

—¡Ashley! —La tomó en brazos y giró con ella en la habitación—. No sabes cuán feliz me haces. Gracias, mi amor. Pero, ¿no estabas...? —La dejó en el suelo con suavidad.

—Hace varias semanas dejé de tomar la píldora. Quería darte una sorpresa. —Le dio un largo y tierno beso—. Así que no podía dejar que ese periodista cretino empañara mi felicidad y me arruinase la posibilidad de darte esta noticia sin antes haberlo puesto a él en su sitio.

—Tenemos que celebrarlo —dijo él mirándola con deseo y amor.

Ella dedicó una mirada cargada de picardía.

—Tengo una silla que...

EPÍLOGO

Un año más tarde.

La disculpa pública de Francesco Milliburne apareció al siguiente día de que Ashley hubiese ido a amenazar al editor de Sidney Today. El periodista ya no trabajaba más para ese periódico, y había sido declarado culpable en el juicio por difamación que Jean-Michelle Arnaud interpuso contra él. Le tocó pagar una alta cantidad económica como compensación por daños morales, y nadie quería contratarlo. Después de todo, ¿quién quería enfrentarse a los magnates financieros cuando había periodistas en la plantilla que recababan noticias falsas? Así que ahora Milliburne se dedicaba a escribir sobre turismo en una revista de poca circulación.

Los Valliard habían sido padres de un precioso niño. Matthias. Era el delirio de Caine y la debilidad de Ashley. Ella había decidido cambiar de trabajo. Ahora iba a encargarse de la división cosmética de Casa Valliard, y a elegir los mejores sitios para abrir nuevas sucursales de la empresa de su esposo en Sidney y Brisbane. Había entablado amistad con los Arnaud y estaba más feliz que nunca.

—¿Te he dicho cuánto te amo? —preguntó Caine una tarde, mientras Ashley le daba de lactar a su hijo, en el salón del cine en casa, cómodamente sentada en el sofá café. Él llevaba un precioso ramo de flores en la mano y lo dejó sobre una mesilla de centro.

—Hola, cariño —susurró ella con una resplandeciente sonrisa.

Caine se acercó y devoró la boca de Ashley con un largo y profundo beso, cuidando de no interrumpir la lactancia de su hijo.

—¿Cómo está nuestro campeón?

—Portándose muy bien.

—Tiene que ser así porque su madre es lo más importante del mundo para mí. No le puedo permitir que se porte mal —dijo con ternura—. Tengo una sorpresa para ti, Ash.

Los ojos de Ashley se iluminaron. Durante el embarazo, Caine se había portado demasiado protector. No le permitía manejar. La llevaba él mismo a la oficina, hasta que finalmente ella le comunicó que deseaba cambiar el tipo de actividad, y surgió la idea de que trabajara en Casa Valliard.

Cuando nació Matthias, ella no se sorprendió de ver lágrimas sin derramar en los ojos de Caine. El niño era un regalo para ambos. Y tenía lo mejor de dos mundos en una personita que adoraban desde que supieron que iba a nacer.

A pesar de que siempre echaría de menos a Tim, ella sabía que no todas las historias tenían un final feliz completo, pero en su caso estaba agradecida de que ese espacio de dolor hubiese sido llenado con esperanza y una nueva vida. Solo deseaba que donde fuera que su hermano estuviese fuera amado, tal como lo era ella.

—No me digas...

—He decidido tomarme una semana de vacaciones.

—¿Sí?

Él se sentó junto a ella. Su esposa era una madre magnífica. Cuando surgían miedos e inseguridades, él estaba listo para tomar la posta, para decirle que ambos harían lo mejor posible por su hijo, y por los que tuvieran que venir más adelante. No era fácil cambiar los miedos del pasado, pero si algo podía hacer el amor, era redimirlos.

—Te debo un fin de semana desde hace tiempo en la Riviera Francesa. El año anterior fue muy duro y se movieron muchos contratos. Así que te compensaré y haré que sea una semana en Francia.

—¿Has escuchado, Matthias? Tu padre finalmente pretende cumplir su promesa —le dijo al pequeño, no sin esbozar antes una sonrisa enamorada. No solo estaba enamorada de Caine, sino de su hijo; su familia. Un núcleo sólido que le brindaba el amor, la seguridad y la aceptación que siempre había deseado.

—¿Qué te parece, entonces?

Ella lo miró con cariño.

—Me encanta la idea de que cumplas tus promesas, Caine.

Él le pasó el brazo a Ashley por la espalda, mientras observaba conmovido a su pequeño alimentándose. El proceso de gestación femenino era un milagro en sí mismo, y Ashley le había hecho el honor de ser parte de ello.

—Contigo, siempre.

SOBRE LA AUTORA

Escritora ecuatoriana de novela romántica y ávida lectora del género, a Kristel Ralston le apasionan las historias que transcurren entre palacios y castillos de Europa. Aunque le gustaba su profesión como periodista, decidió dar otro enfoque a su carrera e ir al viejo continente para estudiar un máster en Relaciones Públicas. Fue durante su estancia en Europa cuando leyó varias novelas románticas que la cautivaron e impulsaron a escribir su primer manuscrito. Desde entonces, ni en su variopinta biblioteca personal ni en su agenda semanal faltan libros de este género literario.

Su novela "Lazos de Cristal", fue uno de los cinco manuscritos finalistas anunciados en el II Concurso Literario de Autores Indie (2015), auspiciado por Amazon, Diario El Mundo, Audible y Esfera de Libros. Este concurso recibió más de 1,200 manuscritos de diferentes géneros literarios de habla hispana de 37 países. Kristel fue la única latinoamericana entre los cinco finalistas del concurso.

La autora también fue finalista del concurso de novela romántica Leer y Leer 2013, organizado por la Editorial Vestales de Argentina, y es coadministradora del blog literario Escribe Romántica. Kristel Ralston ha publicado varias novelas como Un acuerdo inconveniente, Lazos de Cristal, Bajo tus condiciones, El último riesgo, Regresar a ti, Un Capricho del Destino, Desafiando al Corazón, Más allá del ocaso, Un orgullo tonto, entre otras. Revista Hogar, una prestigiosa publicación de Ecuador, la nominó como una de las Mujeres del año 2015 en la categoría Arte por su trabajo literario.

Kristel vive actualmente en Guayaquil, Ecuador, y cree con firmeza que los sueños sí se hacen realidad. En su tiempo libre disfruta escribiendo novelas que inviten a los lectores a no dejar de soñar con los finales felices.

Encuentra más de la autora en su blog: www.kristelralston.com